LA PALOMA VIAJERA BELGA

Autor – Felicien Chapuis – Verviers – 1865
Traducción del francés – Néstor Diego

PREFACIO

Resulta sorprendente, y a menudo asombra a los extranjeros que llegan a nuestro país, el gran interés que nuestra población muestra por ciertas razas de animales domésticos.

Este interés no se debe a ninguna utilidad que puedan obtener de ellos, sino simplemente a su atractivo.

Observando las distintas clases sociales y teniendo en cuenta, en cierta medida, los gustos individuales, se encuentran en cada una de ellas aficionados a los caballos, a las palomas mensajeras, a las gallinas o gallos de pelea, a los pinzones, pardillos, canarios, etc.

En todas partes existen personas con un gran talento para apreciar la excelencia de un caballo y dispuestas a hacer sacrificios económicos para satisfacer sus deseos, pero en ningún otro lugar, al menos en Bélgica, este gusto ha sido tan intenso y extendido como aquí.

Hace unos años, este gusto se manifestó de una manera verdaderamente extraordinaria y condujo a un resultado inesperado.

Se fundó una sociedad ecuestre y se destinaron importantes sumas a la construcción de un circo monumental.

Este circo sirve simultáneamente como escuela de equitación para jóvenes y campo de entrenamiento para jinetes experimentados; de vez en cuando, se ofrecen espectáculos al público, donde los miembros demuestran sus logros: caballos llenos de fuego y ardor son liberados en la pista y obedecen como esclavos sumisos a la voz que los ordena; se ejecutan las maniobras más complejas con una destreza pocas veces vista entre los jinetes profesionales; finalmente, simulacros de cacería, donde caballos inquietos saltan sobre altos obstáculos, demuestran a los entusiasmados espectadores la confianza y la valentía de los jinetes.

Para los jóvenes adinerados, el caballo de lujo y los carruajes opulentos; para el humilde proletario, el alegre pinzón y la jaula de colores brillantes.

En cuanto llega la primavera, se puede ver por todas partes a trabajadores vestidos con sus mejores galas, llevando con cuidado a su pinzón favorito; todos se dirigen al mismo lugar para participar en la competición.

Se sabe que los pinzones compiten mediante el canto.

El premio se otorga a quien, dentro de un tiempo determinado, repita su canto más veces.

A una hora concreta del día, predeterminada según las condiciones de la pelea, las jaulas se acercan lo máximo posible, y jueces expertos registran cada llamada, por usar la expresión habitual, de cada uno de los contendientes.

Hemos visto a estos incansables campeones repetir su brillante canto hasta cuatrocientas veinticinco veces en una sola hora.

Otros prefieren el canto más modulado del pardillo común; otros, en cambio, se dedican con pasión a la cría de canarios; la mejor habitación de la casa, la que da al sur, está reservada para ellos.

Allí, los canarios disfrutan de total libertad, cantando a sus anchas, revoloteando entre los verdes arbustos que adornan su hogar; cuando llega el buen tiempo, construyen allí sus nidos y crían a muchos polluelos.

Las peleas de gallos han perdido gran parte de su popularidad desde que la ley las prohibió; si bien es cierto que nunca desaparecieron por completo, los obstáculos y dificultades causados por esta prohibición redujeron considerablemente el número de aficionados.

Ahora que se ha levantado la prohibición, es dudoso que recupere el favor que alguna vez tuvo.

Este pasatiempo tenía un toque de crueldad y barbarie que ya no se encuentra en nuestros días; además, a veces se convertía en el origen de acaloradas disputas, lo que a los legisladores les pareció razón suficiente para prohibirlo.

Un placer más pacífico se ha impuesto, y hoy en día se podrían contar fácilmente veinte aficionados a las palomas por cada aficionado a los gallos.

En diferentes épocas de la historia, las palomas han gozado de una notable popularidad, pero nunca tan extendida como lo es hoy.

Ha invadido toda Bélgica, hasta tal punto que difícilmente se encontraría un pueblo importante que no tenga su propia sociedad de colombófilos.

Las sociedades de la capital organizan anualmente una gran competición para alguna ciudad del sur de Francia.

Se celebra bajo el patrocinio de la administración de la ciudad de Bruselas, que concede una importante subvención para la creación de diversos premios de honor, y todos los aficionados del reino están cordialmente invitados a participar.

Esta extraordinaria afición por las palomas mensajeras se extiende desde Bélgica, su epicentro, a los países vecinos: las provincias del Rin cuentan ahora con numerosos aficionados; se están formando sociedades de colombófilos en el norte de Francia, y los ingleses nos ofrecen sus excelentes hembras a cambio de nuestras palomas mensajeras.

En varios aspectos, me pareció un momento propicio para presentar estos hallazgos a los colombófilos.

Hoy en día resulta bastante difícil saber qué raza se eligió para las carreras y, si esta raza se desarrolló mediante cruces, cuáles fueron sus antepasados.

Originalmente, los colombófilos no estaban organizados en sociedades formales y no existen registros; hay que basarse en la tradición, y en el siglo XIX, esta era una fuente engañosa: la vida era tan agitada, tan llena de acontecimientos importantes, que el recuerdo de los pequeños detalles se desvaneció y se perdió para siempre.

Sin embargo, pude recabar información positiva sobre las primeras carreras de palomas; vi retratos de varios palomares destacados y objetos entregados como premios a los ganadores: pruebas tangibles de la veracidad de los eventos narrados por la tradición.

Por otro lado, la cría de palomas no es algo que se pueda improvisar; es a través de multitud de observaciones y experimentos repetidos que se llega a comprender su naturaleza.

Las asociaciones y reuniones de aficionados tienen la innegable ventaja de introducir a los jóvenes en las prácticas de los mayores, permitiéndoles beneficiarse de los resultados obtenidos.

Ubicado en un lugar reconocido por la excelencia de sus palomas mensajeras y en contacto frecuente con criadores experimentados, pude adquirir conocimientos sobre palomas desde muy joven, aprender los métodos considerados más útiles y comprender las prácticas razonadas de las que a menudo depende el éxito.

Los jóvenes criadores encontrarán en este libro reglas y principios que los guiarán en el manejo de sus palomares.

Los aficionados experimentados encontrarán aquí y allá cuestiones de historia natural que resolver, y que captarán su atención.

Desde una perspectiva más amplia, este tipo de monografías pueden tener consecuencias útiles.

Así, desde la perspectiva de la economía doméstica, el estudiante de avicultura encontrará una guía fiable en los principios establecidos sobre la incubación, el cuidado de los polluelos y la influencia del cruzamiento.

Incluso desde un punto de vista científico, estas obras resultan útiles; si se considera que los fenómenos de la vida de la paloma se estudian en todas sus fases, que no se cae ni una sola pluma de su ala sin que un observador atento investigue su causa o siga sus consecuencias, se comprende fácilmente cómo un fenómeno específico observado en esta ave puede convertirse, por analogía, en el punto de partida de principios generales aplicables a toda la especie.

Todas las cuestiones de historia natural están lejos de estar resueltas; aún se necesitan estudios serios sobre la influencia del padre y la madre en el acto reproductivo, se deben investigar las posibles causas del nacimiento de machos y hembras, quedan por establecer los principios del cruzamiento, etc.

Quienes crían pollos, palomas o canarios se encuentran en una posición ideal para realizar estas observaciones; a veces, un solo hecho bien observado basta para llegar a una solución satisfactoria.

Antes de concluir este prefacio, debo expresar mi gratitud al Sr. J. Voos por toda la valiosa información que le debo; es reconocido por su extraordinario talento para la observación, cualidad que los aficionados a las palomas, las gallinas y los caballos agradecen.

El Sr. Al. Lejeune ha publicado excelentes artículos sobre el tema que estamos tratando en la revista Le Pigeon, y me complace decir que esta colección me ha proporcionado información valiosa en varias ocasiones.

ORIGEN DE LA PALOMA VIAJERA BELGA

Todos los autores que han intentado rastrear los orígenes de ciertas variedades de cuadrúpedos o aves domesticadas han encontrado sistemáticamente estos orígenes envueltos en la oscuridad, y rara vez han logrado un resultado satisfactorio.

El origen de la paloma mensajera belga no es antiguo, se remonta como máximo a cincuenta años, y sin embargo, no es fácil identificar los factores que pudieron haber contribuido a su creación.

Será útil describir primero las características de esta interesante raza y luego determinar si puede clasificarse como una u otra variedad reconocida por los autores.

La paloma mensajera belga es de tamaño mediano, aproximadamente intermedia entre la tórtola europea y la paloma torcaz; su cuerpo es corto y robusto, su pecho ancho y abierto,

frecuentemente adornado con plumas erizadas dispuestas en una gorguera; su plumaje es denso y abundante, debido a la longitud de las bárbulas que adornan los raquis de las plumas, particularmente notables en las plumas de las alas y la cola.

La cabeza, vista de perfil, es regularmente convexa; la curva de esta convexidad se extiende hasta la base del pico, de modo que no hay constricción entre la frente y las carúnculas nasales, como es tan pronunciado en las palomas mensajeras inglesas.

La cabeza es ancha entre los ojos, que son prominentes, bien abiertos y rodeados por una pequeña membrana desnuda.

El pico es muy corto, ligeramente más ancho que largo; la mandíbula superior es arqueada y convexa, mientras que la inferior queda completamente oculta por la anterior.

En la base, las carúnculas son generalmente prominentes y están dispuestas casi transversalmente, en lugar de oblicuas como en la mayoría de las demás razas; se encuentran separadas a lo largo de la línea media.

A veces se encuentran ejemplares de características muy marcadas, cuya cabeza se asemeja notablemente a la del camachuelo común.

El cuello suele ser corto y robusto; en reposo, las alas se mantienen pegadas al cuerpo, con los hombros ocultos bajo las plumas del pecho; las puntas de las plumas de vuelo alcanzan las tres cuartas partes de la cola, e incluso más, cruzándose frecuentemente en el lado opuesto debido a la anchura del pecho; la cola se mantiene pegada al cuerpo, con las plumas de vuelo completamente superpuestas; las patas son desnudas, cortas y poco desarrolladas.

La coloración es muy variable: los tonos uniformes como el blanco, el negro y el rojo son poco comunes; el color dominante es el azul con vetas negras, con manchas más o menos numerosas; las variedades con vetas rojas son bastante frecuentes.

Examinemos ahora las diversas razas que se encontraban en nuestras regiones hace medio siglo, cuando se desarrolló la afición por las carreras de palomas.

Sin mencionar las palomas de aviario, esas variedades ornamentales codiciadas solo por unos pocos aficionados, en este país existían entonces cuatro razas bien diferenciadas: la paloma errante, la paloma de Amberes, la paloma francesa y la paloma de hocico chato.

Las palomas errantes, llamadas castañas en valón (derivadas de la palabra chestai, castillo), son más raras hoy en día que en el período al que nos referimos; aún se pueden encontrar en castillos antiguos y grandes granjas, donde viven en condiciones semidomésticas; apenas se les da alimento durante el crudo invierno o cuando el campo está cubierto de nieve.

De todas las variedades de nuestro país, la paloma bravía es la que más se asemeja al tipo salvaje.

Su tamaño es menor que el de nuestras palomas mensajeras; su cabeza alargada está comprimida lateralmente.

Su pico delgado y recto está cubierto en su base por dos membranas blancas muy poco desarrolladas, más pequeñas que las de la paloma torcaz; sus ojos son oscuros, sin membranas expuestas, pequeños y no saltones; sus patas son cortas, y la costumbre de las palomas de volar bajas las hace parecer aún más cortas.

Su naturaleza es extremadamente salvaje, y el cautiverio prolongado difícilmente logra suavizarla; sus movimientos son bruscos y su vuelo muy rápido.

Esta paloma a menudo se mezcla con la bandada de nuestras palomas mensajeras y regresa con ellas al palomar; el dueño pronto nota la presencia de este extraño turbulento y salvaje, que, para escapar, golpea su cabeza contra el cristal o, más a menudo, lo atraviesa, rompiendo los cristales.

La paloma de Amberes es una elegante variedad de la paloma voladora descrita por los autores; es ligeramente más grande que nuestras palomas mensajeras actuales y notablemente más larga.

Su pico es afilado y casi recto, sus carúnculas un poco más desarrolladas que las de la paloma mensajera; su característica más llamativa es el color de su iris, que es completamente blanco o apenas marcado por un estrecho círculo naranja.

Su postura es erguida y su capacidad de vuelo resulta notable.

Otra variedad de esta misma raza es la paloma voladora de cuello rojo, originaria de la ciudad de Lieja, que parece haber sido muy apreciada hace unos quince años; así la llamaban los aficionados de esa ciudad a la paloma golondrina, no por su parecido con esta ave, sino por su rápido vuelo, que le permite alcanzar gran altura.

La paloma francesa de corbata es demasiado conocida por todos los aficionados a las palomas como para requerir una descripción detallada; se caracteriza principalmente por sus plumas erizadas y elevadas, similares a un collar, que parten de la mandíbula inferior del pico y se extienden más o menos a lo largo del pecho.

Su cabeza, notable por su forma redondeada, termina en un pico corto y muy arqueado, con ojos grandes y bastante prominentes a los lados.

Finalmente, cabe mencionar la variedad conocida en nuestra región como paloma de hocico chato; nunca he visto esta raza, que parece bastante rara hoy en día, si no extinta.

Se distinguían palomas de hocico chato grandes y pequeñas; según los criadores veteranos, esta raza, con su vuelo rápido y forma alargada, tenía una cabeza pequeña y redondeada, un pico ancho en la base, rematado por carúnculas bastante desarrolladas y hundidas, rasgo que les dio el nombre por el que se las conocía en el país.

Sus ojos estaban rodeados por una membrana ancha y circular. Sus iris eran muy brillantes y de color amarillo rojizo.

La combinación de características de estas diferentes razas sugiere que la paloma mensajera resulta de un cruce entre la paloma francesa y la paloma de hocico chato; la forma de su pico corto y curvado hace imposible suponer que la paloma callejera y la paloma de Amberes hayan contribuido a su desarrollo.

Por otro lado, la presencia del buche, mucho más común en el pasado que en la actualidad, y la forma de la cabeza y el pico demuestran claramente que la paloma francesa es la principal estirpe de nuestras palomas mensajeras.

Sin embargo, no es la única.

Comparada con la paloma francesa, la paloma mensajera es más robusta, su vuelo es más rápido y potente, las carúnculas de su pico están más desarrolladas y sus ojos, más brillantes y vivos, están casi siempre rodeados por una distintiva membrana blanquecina.

Así pues, llegamos a la conclusión, en consonancia con la tradición, de que la paloma mensajera belga desciende de la paloma francesa de corbata cruzada con esa variedad extinta conocida localmente como paloma de hocico chato.

Este tipo especial de paloma mensajera, tan notable por su inteligencia y tan bien adaptada al vuelo, está a punto de desaparecer ante la invasión de una raza híbrida, menos inteligente pero más fértil y robusta.

Las formas típicas, que se pueden admirar en retratos de palomas pintados hace cincuenta años, son ya bastante raras hoy en día; en una cesta de cincuenta palomas mensajeras, elegidas al azar, puede que no haya ninguna, o como mucho dos o tres; muchos jóvenes aficionados ya no conocen esta raza primitiva y la asocian indiscriminadamente con todas las palomas de pico más o menos corto; se encuentran exactamente en la misma situación que la mayoría de nosotros con respecto a la paloma de hocico chato; solo la generación mayor la recuerda con precisión.

Durante los últimos quince años, aproximadamente, una auténtica fiebre por la cría de palomas mensajeras se ha apoderado de todos los aficionados; cada uno quería su propia variedad única, como si eso bastara para garantizar el éxito en las competiciones.

Incluso llegaron a recurrir a palomas esquivas, esa raza semisalvaje cuyo instinto apenas refinado difiere poco del de las palomas torcaces, supuestamente para regenerar nuestras buenas palomas mensajeras.

El cruce de razas debería aprobarse, pero solo bajo ciertas condiciones y de acuerdo con principios sólidos.

DEL PALOMAR

En las ciudades, la ubicación del palomar es poco flexible; se coloca donde es posible, y las palomas no se ven perjudicadas por ello; por lo que, en realidad, su ubicación es de importancia secundaria.

Existen otras normas de higiene que deben observarse, cuyo cumplimiento o incumplimiento tiene consecuencias mucho más significativas.

El palomar debe colocarse en un lugar relativamente elevado; allí el aire se renueva mejor, se mantiene más seco, las palomas vuelan más, hacen más ejercicio y, por así decirlo, son más ágiles.

Es fundamental tener en cuenta que los gatos del vecindario no deben tener acceso a él; con su audacia y agilidad, este formidable enemigo engaña incluso a las personas más precavidas, y cuando logra atrapar y devorar una paloma, se vuelve doblemente temible.

Ningún peligro puede detenerlo, ningún castigo puede corregirlo.

Uno podría encontrarse ante la disyuntiva de sacrificar sus palomas o al gato de la casa: si es del vecindario, la dificultad es menor.

La capacidad del palomar depende del número de palomas que se deseen tener; el hacinamiento les resulta perjudicial debido a las peleas diarias que provoca y, además, la humedad se instala rápidamente en un palomar superpoblado.

Me parece que, en promedio, un metro cúbico es suficiente para dos parejas de palomas; así, en un espacio de 4 metros de largo por 2 metros de ancho y 2 metros de alto, caben fácilmente entre cincuenta y sesenta palomas.

El palomar debe estar bien ventilado; muchos aficionados crean una corriente de aire cruzada; debe estar iluminado, pero no en exceso, ya que las hembras prefieren zonas más oscuras para construir sus nidos.

El interior se encalará y la carpintería se pintará de gris.

En la medida de lo posible, el suelo será liso para que los excrementos se puedan retirar fácilmente.

El centro del palomar, donde comen las palomas, se mantiene lo más limpio posible.

Para ello, se delimita un espacio de dos o tres metros cuadrados con listones de madera de 2,5 cm de altura fijados al suelo.

Esta zona se limpia con más frecuencia que el resto; bastan unos minutos.

Dado que los nidos y las perchas se colocan a cierta altura junto a las paredes, es debajo de ellas donde se acumulan los excrementos con mayor rapidez, es decir, entre las paredes y los listones que delimitan el centro del palomar.

Muchos aficionados colocan arena gruesa, grava fina o incluso ceniza de chimenea en este espacio junto a las paredes.

Esta práctica tiene la doble ventaja de mantener el palomar más seco y facilitar la recogida de los excrementos; con unas pocas pasadas de rastrillo se recogen al instante.

Antes de hablar de la disposición de los nidos y las perchas, mencionaré brevemente la puerta de entrada del palomar y la ventana de salida de las palomas.

La puerta debe permanecer abierta el menor tiempo posible; es una precaución útil colocarla de manera que pueda cerrarse automáticamente con un contrapeso o un resorte.

En la base y en el interior de la puerta, se coloca de lado una tabla de 10 a 15 centímetros de altura, fijada al marco; esto evita que las plumas y el polvo salgan del palomar.

Un aficionado contó que, al no haber esta tabla, un gato, metiendo sus garras por debajo de una puerta mal ajustada, logró atraer la pata de una paloma y roerla hasta la articulación.

Si, por falta de espacio, no se puede elegir la ubicación del palomar, no ocurre lo mismo con la de la ventana abuhardillada, que sirve de entrada y salida para las palomas.

En la medida de lo posible, debe estar orientada al sur o sureste; una orientación norte es desfavorable debido al frío, y una orientada directamente al oeste tampoco es mejor, ya que los vientos que soplan desde esa dirección suelen traer lluvia y la arrastrarían al interior del palomar.

Esta ventana abuhardillada, rodeada por un buen marco de madera, debe tener entre 50 y 60 centímetros de ancho y un poco menos de alto; el marco sirve, en invierno, para sostener una ventana que se cierra durante los periodos de frío intenso, y en verano sostiene un lado de la jaula, que se explicará más adelante.

Una tabla cuadrada, del ancho de la ventana abuhardillada, sobresale del exterior, facilitando el regreso de las palomas al palomar y permitiendo que las crías exploren los alrededores de su hogar.

También forma la base de este dispositivo especial, comúnmente llamado "happeau", que se abre y se cierra.

La palabra "happeau" deriva de "happer", que significa sujetar la abertura de la ventana abuhardillada.

Este dispositivo consta de una malla de alambre, con aberturas de dos a tres centímetros, y varillas de hierro resistentes; tiene tres caras: dos caras laterales planas y una tercera cara convexa que conecta las dos primeras.

Cada una de las caras laterales está formada por dos varillas soldadas en ángulo recto y unidas en sus extremos por una tercera varilla curva que forma un cuarto de círculo.

Estas dos caras laterales, colocadas a una distancia ligeramente mayor que el ancho de la tabla saliente, se fijan entre sí mediante dos varillas adicionales que unen sus extremos correspondientes.

De esta manera, tenemos dos caras laterales planas y una tercera convexa, las tres cubiertas por la malla de alambre.

En el punto de las dos caras donde las varillas se unen en ángulo recto, formado por las propias varillas, hay un anillo en el que encaja un pivote fijado a la base del tablero de la claraboya.

El dispositivo, mediante una cuerda que pasa por una polea, puede subirse o bajarse a discreción del propietario para facilitar el cierre o, inesperadamente, para capturar, ya que sirve para retener a una paloma que se aventura en un palomar ajeno.

En valón, happer es sinónimo de robar.

La claraboya permanece abierta todo el año.

Este no es el caso del dispositivo que voy a describir, que solo se utiliza durante la temporada de carreras.

Los colombófilos han sido ingeniosos para encontrar la forma más rápida de capturar una paloma que llega de viaje.

La razón es que los competidores suelen seguirse de cerca, y un retraso de dos o tres minutos en la entrega de la paloma a la Sociedad puede hacer que el colombófilo pierda la clasificación que debería haber obtenido.

Se han inventado multitud de dispositivos, cada uno más ingenioso que el anterior, para este fin; la mayoría están obsoletos y su descripción sería inútil, ya que el sistema más reciente, que logra el resultado deseado con mayor eficacia, los ha relegado al olvido.

Este dispositivo consiste en una jaula colocada dentro de la claraboya del palomar.

Esta jaula encaja perfectamente en el marco que rodea la claraboya; su pared exterior, ajustada al marco, tiene una abertura de dos a tres decímetros de ancho por un decímetro y medio de alto; el suelo de la jaula está al mismo nivel que la tabla que sobresale de la claraboya; está apoyada en el centro a cada lado, de modo que experimenta un ligero balanceo cuando la paloma avanza y apoya la pata en el borde.

Este movimiento de balanceo tiene el efecto de cerrar la abertura por la que entró, de modo que la paloma queda atrapada en la jaula.

Así es como se cierra la abertura.

Una varilla de hierro, ligeramente más ancha que la abertura, sostiene dos o tres alambres de hierro bastante gruesos, dispuestos como las púas de un rastrillo; los extremos de estas púas se enganchan en anillas fijadas al borde superior de la abertura.

Es fácil ver que este dispositivo, al enganchar toda la longitud de sus púas en las anillas, cierra la jaula e impide que la paloma escape.

Es fácil mantener esta barrera elevada en su lugar mediante un alambre que termina en una anilla de latón, asegurada por un gancho.

Este gancho está fijado de tal manera que puede pivotar y soltar la anilla en cuanto la tabla de la jaula se mueve hacia la abertura.

Así, la paloma llega a la claraboya; avanza para entrar en el palomar por la abertura que tiene delante; apoya la pata en el suelo de la jaula, que baja ligeramente bajo su peso.

Este movimiento descendente eleva el gancho, liberando el anillo y la cuerda.

La barrera de apertura cae, la paloma queda atrapada y es fácil capturarla a través de una pequeña puerta diseñada para este fin.

Este es el dispositivo más sencillo posible; sin embargo, su correcta construcción requiere algunos detalles esenciales.

No debe ser demasiado grande, ya que la paloma que se desea capturar vuela, se rompe las plumas y se pierde un tiempo valioso.

Está construida con alambre bastante resistente, dispuesto verticalmente; la malla metálica no es adecuada, ya que la paloma se engancha las patas y trepa por los laterales.

También cabe destacar que el cierre de la barrera de apertura debe ser lo más silencioso posible para no asustar a la paloma; además, es recomendable amortiguar el impacto cubriendo los anillos con alambre bien enrollado.

Finalmente, las palomas deben acostumbrarse a ver esta jaula; de lo contrario, podrían asustarse y negarse a entrar.

Durante la temporada de carreras, es costumbre colocar una división en el marco de la claraboya, idéntica en todos los aspectos al frente de la jaula, que encaja en el mismo marco.

Al llegar, la paloma no se asusta y avanza sin tambalearse sobre la superficie de la jaula.

Por experiencia, al colombófilo le resulta fácil calcular la hora de llegada de sus palomas, pero a menudo ese momento pasa y no se percibe nada; la impaciencia lo vence o sus otros compromisos lo obligan a marcharse.

Sin embargo, era importante para él ser notificado del regreso de las palomas.

Su ingenio superó la dificultad, y el prolongado repique de una campana anuncia la llegada de un competidor.

Para lograr esto, simplemente suspendió un peso de un alambre atado al mismo anillo de latón que sujetaba la barrera de la jaula; cuando este anillo se soltaba del gancho, el peso caía sobre una tabla articulada.

El resorte de la campana se mantenía tenso mediante un gancho o una muesca en el borde de la tabla.

El peso liberó entonces el resorte, y un sonido claro y familiar anunció la feliz llegada del ganador a su dueño.

Saltó de su asiento, derribando todo a su paso, bajó los escalones de cuatro en cuatro; temblando y sin aliento, llegó al palomar.

No había nada en la jaula; el viento había movido el anillo.

¡Qué decepción!

Aun así, tuvo suerte si su prisa no tuvo más consecuencias, como se supo después.

Un aficionado estaba llenando una jarra de cerveza; sonó la campana y lo dejó todo, jarra y grifo, olvidando cerrarlo; había llegado una paloma, pero otras, más afortunadas, la habían precedido y los premios ya se habían repartido.

Dos horas después, se acordó de su jarra; bajó al sótano, donde el contenido del barril cubría los adoquines.

Queda por hablar del mobiliario del palomar.

Este mobiliario consiste en los nidos, las perchas y el bebedero.

Debe haber al menos tantos nidos como parejas de palomas.

Son, en cierto modo, el verdadero hogar del ave, su morada, su propiedad, que no abandonará ni permitirá que la desalojen.

Cada caja nido debe tener entre 60 y 80 centímetros de ancho y un poco menos de alto; la profundidad suele ser aún menor.

Siempre que sea posible, se colocan a contraluz, ya que la paloma incuba con mayor tranquilidad en la penumbra.

Se elevan a cierta distancia del suelo para ahorrar espacio y facilitar la limpieza.

Para construir estas cajas nido, primero se fijan tabiques verticales a las paredes a la distancia deseada entre sí.

Estos tabiques, de una sola pieza, tienen pequeñas ranuras en cada lado que crean una superficie elevada, y contra estas ranuras se apoyan los tabiques transversales.

Estos tabiques transversales se dividen naturalmente en tantas secciones como cajas nido haya; forman los pisos.

Estas plataformas, sostenidas por las nervaduras salientes de los tabiques, son completamente móviles o pivotan sobre bisagras.

Porque cuando no están ocupadas, es mejor colocarlas contra la pared para que la pareja del compartimento vecino no pueda ocuparlas; sin esta precaución, la pareja que se quisiera alojar allí posteriormente sería objeto de ataques constantes.

Es preferible que estas plataformas sean completamente móviles; se pueden retirar del palomar para limpiarlas y, además, es más fácil blanquear todos los rincones cuando sea necesario.

Algunos colombófilos han cerrado cada uno de los compartimentos con una rejilla metálica, perforada únicamente por una pequeña abertura para que pase la paloma.

Esta abertura cuenta con una pequeña tabla saliente que se sube o baja mediante una bisagra; facilita la entrada de la paloma a su jaula y sirve para sujetarla cuando sea necesario.

Este sistema ofrece varias ventajas: permite mantener dentro a las palomas destinadas a la cría, e incluso pueden permanecer allí hasta que hayan puesto sus huevos.

En segundo lugar, la paloma se siente realmente como en casa, ya que nadie molesta a la incubadora y las disputas vecinales son menos frecuentes; en tercer lugar, cuando una pareja viaja, a veces durante varios días, su compartimento se cierra para evitar que otras lo ocupen; si permaneciera vacío, otra pareja podría instalarse y, al regresar los ocupantes originales, inevitablemente se producirían peligrosas peleas.

Pero junto con estas ventajas, estos compartimentos cerrados tienen un gran inconveniente: a las palomas les gustan tanto que no salen de ellos, o solo cuando es necesario, ya sea para beber o comer.

Ya no salen del palomar.

Como resultado, hay muy poca actividad allí y las palomas hacen poco ejercicio.

A los aficionados no les gusta este silencio; prefieren ver a sus palomas vivaces y alertas, bromeando, cortejándose, saliendo constantemente del palomar y revoloteando en el aire.

Ambos sistemas pueden combinarse, es decir, utilizando solo unas pocas cajas cerradas;

estas servirán como cajas de cría y se pueden asignar a aquellas parejas que se suelen mantener para criar pichones privilegiados y a las que se les proporciona mayor cantidad de alimento.

Las cajas contienen los nidos o cajas nido.

Los nidos se fabrican de diferentes maneras, con terracota o madera dura y no porosa que no se agriete, como el fresno o el peral, ya que los agujeros o grietas sirven de escondite para las alimañas, que son difíciles de eliminar de tales profundidades.

Los nidos tienen forma de bandeja ahuecada, de 20 a 22 centímetros de diámetro y de 6 a 7 centímetros de altura; la profundidad no debe ser excesiva y no debe superar los 3 o 4 centímetros.

Su base debe estar firmemente fijada y ser lo suficientemente ancha para que el nido no se levante cuando la paloma se pose en el borde.

Normalmente se colocan dos nidos en cada compartimento; esto se debe a que, con buen tiempo, sobre todo en primavera, las palomas suelen tener huevos y crías al mismo tiempo; estas últimas apenas tienen entre 18 y 20 días cuando la hembra ya se prepara para poner otra nidada.

Cuando una pareja tiene un solo nido, la hembra se ve obligada a poner cerca de los polluelos, y entonces suele ocurrir que estos cubran los huevos con excremento y los estropeen; o, si la hembra quiere incubar, lo hace de tal manera que el polluelo es expulsado del nido.

Se enfría, su digestión se ve afectada y finalmente muere, o al menos tiene dificultades para volar.

Si, por desgracia, cae de su nido, es perseguido por las otras palomas, que lo golpean repetidamente y lo matan en poco tiempo.

Otro accesorio del nido es la percha.

Se trata de una vara redondeada, de 3 a 4 centímetros de diámetro y longitud variable, colocada a la misma altura que el suelo del nido y a una distancia de 15 a 25 centímetros.

Cuando se apilan varias filas de nidos, es importante asegurarse de que las perchas no queden directamente unas encima de otras; las perchas inferiores deben estar más alejadas de los nidos que las superiores, para mantener el plumaje de las palomas limpio y fresco.

Así como los nidos están separados por tabiques verticales, las perchas también deben estar divididas longitudinalmente.

La sección correspondiente a un nido está separada de la del nido vecino por una pequeña tabla de 20 a 25 centímetros de largo que termina en punta; esto evita peleas entre los habitantes de los dos nidos vecinos, quienes pueden intercambiar algunos picotazos inofensivos, pero pronto se acostumbran a verse y tolerarse.

Estas perchas son el lugar habitual donde se sienta el macho cuando la hembra está incubando.

También sirven durante unos quince días para las crías que abandonan el nido; pero después de eso, el macho las aleja de su lugar de anidación y hay que ofrecerles otros lugares; se colocarán perchas, también divididas longitudinalmente, lejos de las cajas nido, en algún otro lugar del palomar.

En cuanto a la alimentación de las palomas, hablaremos de este comedero de madera donde se les proporciona grava fina o arena gruesa mezclada con cáscaras de huevo.

El bebedero más común actualmente consiste en un cilindro metálico, de hojalata o zinc, con un radio de 12 a 15 centímetros, una altura de 30 a 40 centímetros y una parte superior cónica.

Este cilindro está sellado herméticamente en la parte superior y solo tiene una abertura transversal de 5 a 6 centímetros de ancho y 2 centímetros de alto en la pared lateral, junto al borde inferior.

Esta abertura vierte agua del depósito a un canal soldado al cilindro.

El borde del canal tiene 3 centímetros de altura, es decir, sobresale de las dimensiones de la abertura por todos los lados, para que el agua del cilindro no se desborde.

A medida que la paloma bebe, entra aire en el cilindro y permite que el agua fluya hacia el canal.

La parte superior del bebedero termina en punta roma para que las palomas no se queden atrapadas.

Sin embargo, por mucho que se haga, a veces se aferran a él.

Para evitar que los excrementos caigan en el bebedero, este está coronado por un pequeño arco o pabellón que sobresale, para mantener el agua perfectamente pura.

El bebedero se sostiene sobre tres o cuatro patas muy cortas, fijadas a su base, y para facilitar su llenado, se fijan cuatro soportes similares al lateral del cilindro opuesto a la abertura.

Colocado sobre estos soportes, se puede llenar con un cubo o una bomba.

El equipamiento del palomar no es muy variado: un rascador, similar al que usan los jardineros para quitar las malas hierbas de los caminos; pero se usa de forma diferente: en lugar de apoyar el extremo plano en el suelo, se presiona el borde hacia abajo y los excrementos de paloma se empujan hacia adelante mientras se raspa el suelo; un pequeño rastrillo de madera con una sola hilera de púas se usa para barrer ligeramente la arena a lo largo de las paredes del palomar.

Se utiliza una pequeña espátula, similar a las que usan los albañiles para alisar, para limpiar nidos, perchas y rincones inaccesibles para el raspador; finalmente, se usa una escoba para limpiar las cajas nido y las divisiones.

Aquí no se emplea la red de aterrizaje que se usa en varias regiones para atrapar palomas en el palomar; se trata de una bolsa de malla fina, sostenida por un aro de hierro de cuarenta centímetros de diámetro y montada sobre un mango de uno a dos metros de largo.

Este dispositivo debe manejarse con destreza, de lo contrario puede herir a las palomas.

Aunque estoy dispuesto a adoptar prácticas usadas en otros lugares cuando parezcan ventajosas, creo que este método, algo brutal, de captura de palomas es menos recomendable que el que se usa en nuestra región, el cual se analizará durante nuestro viaje.

Hemos visto las condiciones generales de la ubicación del palomar, los diversos elementos de su mobiliario y los utensilios que dependen de ellos.

Antes de concluir este capítulo, unas palabras sobre su cuidado.

El interior suele estar encalado; es más limpio y una tarea sencilla.

Para que sea efectivo, el encalado debe realizarse dos veces al año, en marzo y septiembre; no tanto por lujo, sino para eliminar las plagas.

La limpieza es una de las condiciones más esenciales para la salud de la paloma.

Cuanto menos seco esté el palomar, más frecuentemente se requiere limpiarlo; la humedad, perjudicial para todos los animales domésticos en general, lo es especialmente para las palomas.

Bajo su influencia nociva, su plumaje se vuelve opaco y menos denso, y el polvo epidérmico, que evita que se mojen con la lluvia, se ensucia y acumula tanto que un criador experimentado puede saber, con solo sostener una paloma, si proviene de un palomar bien cuidado; el ave debería resbalarse fácilmente entre sus manos.

Por lo tanto, la limpieza se supervisará cuidadosamente; no es excesivo limpiar a fondo una vez al mes.

Esto significa no solo rastrillar el suelo, sino también inspeccionar todos los compartimentos, perchas y nidos.

Incluso al criar palomas jóvenes, después de tres o cuatro días, se deben retirar los excrementos que se encuentren cerca, y no se debe permitir que se acumulen esas pirámides repletas de gusanos que manchan el plumaje de los padres y contaminan el aire alrededor de los polluelos.

En estas condiciones, las alimañas no tienen ni el tiempo ni el lugar para multiplicarse, y no será necesario recurrir a esos métodos destructivos tan cacareados y difíciles de usar, como el lavado con hidróxido de sodio o las fumigaciones con resina de benjuí o incienso.

Sin embargo, si aparecen alimañas, como suele ocurrir en veranos muy calurosos, sería prudente proteger a las aves jóvenes lo mejor posible esparciendo un poco de cal apagada o incluso polvo de tabaco en los nidos.

El cuidado y el esfuerzo que se dedican a algo que se disfruta duplican el mérito de los resultados obtenidos.

ALIMENTACIÓN

¿Cuál es el mejor alimento para las palomas y cómo debe regularse su distribución?

Estas dos preguntas son prácticamente igual de importantes, aunque no para todos, es cierto, porque muchos aficionados creen que basta con calcular la cantidad de alimento para un número determinado de palomas y dársela en dos o tres tomas, o incluso dejarla disponible durante todo el día, a veces durante una semana o más.

Esta no es la costumbre de los verdaderos aficionados, y las reglas que siguen al respecto se explicarán con precisión.

El alimento básico de las palomas mensajeras en nuestros países es la veza (Vicia sativa).

Todos conocen las cualidades de esta leguminosa: debe ser pesada, redonda, con una cáscara negra brillante; en la medida de lo posible, sus granos deben ser de tamaño uniforme.

Cuando la cosecha se realiza demasiado pronto o en tiempo lluvioso, o si la veza no se ha secado correctamente, permanece de un verde apagado, se puede pinchar fácilmente con la uña, desprende un olor a moho y su cáscara es irregular.

A menudo se mezcla con habas, centeno o avena; esta última mezcla es la más desventajosa, ya que atrae a los ratones, que empiezan a roer la veza una vez que han comido la avena.

Lo ideal es que tenga un año, o mejor aún, dos; así se ve más sana y, además, si la semilla se ha mantenido intacta durante tanto tiempo, es garantía de que se cosechó en buenas condiciones.

Dar a las palomas veza demasiado joven conlleva muchos problemas.

Provoca deformidades que los debilitan hasta tal punto que resulta imposible someterlos a largos viajes, o si el aficionado se equivoca sobre la salud de su palomar, los resultados negativos que obtenga en las competiciones lo harán más cauteloso en el futuro.

Este alimento defectuoso puede no tener este primer inconveniente, pero sin duda afectará notablemente a los pichones; sufrirán más cuanto más jóvenes sean, y si no sucumben a la enfermedad que contraen de sus padres, quedarán demasiado débiles para sobrevivir.

Aunque la veza es el alimento ideal, la experiencia ha demostrado que se puede mezclar sin problema con habas, especialmente con la variedad pequeña que nuestras palomas consumen con facilidad.

En primavera y verano, generalmente se les da solo veza, y en lugar de habas, a veces se añaden unos puñados de trigo, cáñamo o colza.

Hay que ser muy moderado con estas semillas; sería mejor eliminarlas por completo que distribuir una cantidad excesiva.

En invierno, el trigo, como alimento básico, inicialmente relaja a las palomas; este efecto desaparece al cabo de unos días, y con el tiempo se vuelve más tolerable.

Se dice que el consumo prolongado de trigo provoca que las palomas ganen grasa, lo cual es deseable para las aves destinadas a la velocidad.

La mejor época para dar trigo parece ser en primavera y verano; e incluso entonces, algunos criadores hacen lo siguiente: cada dos o tres días, después de darles veza, añaden unos puñados de trigo, que desaparece rápidamente porque a las palomas les encanta y nunca parecen tener suficiente.

El cáñamo y la colza son semillas que generan mucho calor; deben usarse con moderación.

Para estimular su energía y prepararlas para la competición, es decir, durante los meses de junio y julio, conviene darles una pequeña cantidad de colza o chayote, alternando entre un día y otro; un puñado por cada diez palomas es suficiente; este aperitivo debe administrarse como complemento después de la comida de veza.

No hablaré de otras semillas, como la alpiste, el trigo sarraceno y el arroz, que las palomas pueden comer, pero cuyo uso es poco o nada común en nuestros países.

No se puede decir lo mismo de la sal, que las palomas, como todos los animales en general, aprecian mucho y cuyo uso es, si no indispensable, al menos extremadamente beneficioso. Los autores que han escrito sobre palomas de aviario describen varias formas de proporcionarles sal, ya sea remojando bien la carne de un zorro o gato despellejado con este condimento, o consiguiendo colas de bacalao o caballa saladas y secas.

También se puede colocar un bloque de sal gema en el palomar; como esta sal es delicuescente, es decir, atrae fuertemente la humedad, las palomas son bastante hábiles para introducir sus picos en las grietas del bloque y extraer el líquido salado que contiene.

Existe otro método, más común y útil, porque logra varios objetivos a la vez: es una mezcla compleja, cuya composición más común es la siguiente: Tomar medio puñadode arena gruesa; la misma cantidad de arcilla bien seca, obtenida de la demolición de edificios antiguos.

Se tritura en pequeños fragmentos, no mayores que el tamaño de una veza; comenzamos mezclando estas dos sustancias; agregamos de tres a cuatro kilogramos de cáscaras de huevo reducidas a pequeños trozos; unos puñados de anís verde, dos kilogramos de colza y un kilogramo de sal molida; mezclamos estas diversas sustancias completamente secas, sin agregar agua.

Se vierte una porción considerable en un abrevadero de madera, cerrado con una tapa inclinada al menos 45 grados y perforada con cinco o seis agujeros, cada uno de tres centímetros y medio a cuatro centímetros de ancho y seis centímetros de largo.

Hay que tener cuidado de que las aberturas de la tapa no sobresalgan demasiado del suelo para que las palomas puedan meter la cabeza fácilmente y tomar la mezcla.

Algunos aficionados sustituyen la colza por semillas de cáñamo; estas últimas cumplen la misma función, pero tienen la desventaja de atraer ratones.

De vez en cuando, sobre todo en primavera, durante la época de puesta, conviene darles unos puñados de esta mezcla en un jarrón colocado en algún lugar del palomar, para que las paalomas puedan encontrar más fácilmente lo que necesitan.

Los entendidos reconocerán fácilmente la utilidad de esta mezcla: la arena gruesa proporciona las pequeñas piedrecitas que todas las aves gallináceas buscan con tanto avidez y cuya acción es tan beneficiosa para su digestión.

Las cáscaras de huevo cumplen la misma función y, además, proporcionan a las hembras el calcio que necesitan para formar sus propias cáscaras; por lo tanto, es extremadamente raro encontrar huevos sin cáscara o con cáscaras demasiado frágiles.

Finalmente, la colza, el anís y la sal son condimentos, aperitivos que la paloma busca con avidez.

Además, esta ave esencialmente granívora puede volverse omnívora; se alimenta muy bien de pan, patatas, carne hervida, etc.; puede acostumbrarse a comer arroz, cebada, etc.

Pero todo esto es innecesario cuando se puede conseguir veza de buena calidad.

Ahora paso al análisis de la segunda pregunta: ¿cómo se debe regular la distribución del alimento?

A partir de la segunda quincena de marzo, se debe dar a las palomas todo lo que puedan consumir, ya que en esta época comienza la puesta de huevos, la incubación y la cría de los polluelos.

Esto no significa darles cantidades excesivas de comida, arrojando tanta veza que quede algo en el suelo.

Por regla general, las palomas no deben estar tan llenas como para dejar semillas sin tocar.

Con un poco de práctica, se nota rápidamente cuándo están saciadas; si se desea, se les puede dar un puñado de trigo en ese momento, que comerán con gusto.

Deben alimentarse dos veces al día, y si es posible, mejor aún, tres veces: para que tengan crías sanas, la primera comida debe ser muy temprano, alrededor de las cinco o seis de la mañana.

Esto es comprensible; observe el buche de las palomas jóvenes a esa hora: suele estar vacío.

Si los padres no tienen nada que darles y las abandonan a buscar alguna veza olvidada, el polluelo sufrirá hambre y frío.

Alimentarlo tarde difícilmente le ayudará a recuperarse.

La segunda comida puede tener lugar entre el mediodía y las dos de la tarde; la tercera, al anochecer.

Cuando terminan las carreras, es decir, generalmente durante el mes de agosto, hasta finales de octubre, hay que seguir alimentándola, si no con la misma abundancia, al menos con la suficiente, para que pueda mudar bien sin sobrecalentarse.

Una vez finalizado este periodo crítico de muda, la cantidad de alimento debe reducirse al mínimo indispensable para que la paloma conserve su fuerza y vitalidad sin un exceso de energía.

Según criadores experimentados, se debe proporcionar un promedio de cuarenta gramos de alimento por paloma al día.

Si el clima es cálido, esta cantidad debe reducirse ligeramente; por el contrario, si hace mucho frío, debe aumentarse, a veces incluso duplicarse, ya que durante periodos de frío seco y prolongado, la paloma necesita una cantidad considerable de alimento para soportar las bajas temperaturas.

Si un criador descuidado esparce alimento indiscriminadamente en el palomar durante los meses de invierno, las hembras pondrán huevos e incubarán.

Si el criador no desea criar pichones, retirará los huevos, las hembras volverán a poner y, para cuando llegue la primavera, ya estarán agotadas.

En cuanto a los machos, recuperarán su vigor inmediatamente después de la muda y, en febrero, sus grandes plumas de las alas comenzarán a caerse.

Así, en julio, en época de carreras, se observa a menudo que las hembras y los machos, al haberse vuelto demasiado vigorosos en un momento inoportuno, quedan tan despojados de plumas por la muda que el criador debe abstenerse de inscribirlos en competiciones.

En cuanto a la alimentación de las palomas, me veo impulsado a examinar las ventajas y desventajas de esta costumbre, bastante común en nuestros países, que consiste, como se suele decir, en «recorrer los campos con las palomas», es decir, obligarlas a buscar su alimento en el campo durante la cosecha.

Desde finales de julio, durante los meses de agosto, septiembre, octubre y, a veces, noviembre, los criadores retiran por completo todo el alimento del palomar; la paloma, recuperando una naturaleza más independiente, se las arregla para satisfacer sus propias necesidades.

No siempre es fácil lograr este cambio de estilo de vida; algunas palomas son tan obstinadas que prefieren morir de hambre antes que seguir a sus compañeras.

Otros, impulsados por la necesidad, acuden a un palomar cercano y pueden, desafiando la ley, ser retenidos; otros recurren a la astucia; se ha contado el caso de una hembra obstinada que, durante todo un otoño, hizo que su pareja la alimentara; él regurgitaba para ella, como si fuera un bebé, el alimento que había recogido en el campo.

Otro caso no menos sorprendente surgió: una paloma joven, que había abandonado el nido tres semanas o un mes antes, que fue al campo con sus compañeras y regresó con ellas,

comenzó a debilitarse y habría muerto de hambre si su dueño no hubiera tenido la inteligencia de descubrir la causa de su deterioro; el dueño sospechaba que su paloma no conocía el trigo.

De hecho, se le colocó esta semilla delante, y a pesar de su hambre voraz, no la tocó.

Es evidente que no conocía el trigo, no tenía ni idea de lo que era.

Este hecho no puede interpretarse de otra manera.

Así que, al ver cuánto podía ganar con ello, lo aprovechó al máximo.

La tarea no fue muy difícil: el dueño puso otra paloma en la misma cesta; esta empezó a comer; al ver esto, su inocente compañera hizo lo mismo y, a partir de ese día, no requirió más atención; la lección que había recibido le bastó.

Cuando las palomas siempre han encontrado su alimento en el palomar, es difícil y a veces peligroso privarlas repentinamente de él.

Es preferible ser prudente: durante tres o cuatro días, solo se les debe dar una ración diaria al atardecer, e incluso eso será insuficiente: si se observa que las palomas aún no se dirigen a los campos, se las puede llevar allí, al menos parcialmente; se las encerrará en una cesta, cuyas barras están lo suficientemente separadas para que las palomas puedan meter la cabeza, y provista de una abertura cerrada por una división que se puede abrir a voluntad.

Al llegar a un campo de trigo donde la cosecha ha terminado, la persona encargada del transporte esparce semillas o veza alrededor de la cesta, creando rastros.

Al mismo tiempo, se ata una cuerda a la mampara móvil y la persona retrocede treinta o cuarenta pasos. Las palomas hambrientas comienzan a comer.

La mampara que cierra la entrada de la cesta se abre suavemente y las aves salen y se aventuran en el campo.

Esta experiencia les enseña dónde pueden encontrar comida; regresarán y traerán a las demás.

Entre estas, puede haber algunas menos inteligentes; si se desea conservarlas, se las someterá al mismo experimento y pronto el dueño ya no tendrá que preocuparse por ellas.

Las palomas tienen buena memoria y es probable que al año siguiente no sea necesario llevarlas a los campos; encontrarán el camino de regreso por sí solas.

¿Cuál es el beneficio de esta costumbre y cuáles son sus inconvenientes?

Desde un punto de vista económico, su beneficio es innegable.

Durante tres meses, el dueño no incurre en ningún gasto para alimentar a su palomar.

Sin embargo, si solo se considerara el ahorro, no se dudaría en condenarlo, ya que, en opinión de todos, los inconvenientes y peligros son más importantes que ahorrar en un artículo de lujo o un placer.

Pero esta práctica tiene otras ventajas de gran valor.

En primer lugar, si una paloma se pierde durante un viaje, o si la ruta es demasiado larga, si está acostumbrada a buscar alimento durante dos o tres meses al año, no le faltará.

Otra ventaja es que obliga a la paloma a hacer mucho ejercicio, especialmente durante una época en la que tiende a la inactividad, como la muda.

Este ejercicio es extremadamente beneficioso para ellas, y para comprobarlo, basta con inspeccionar el palomar en octubre.

Las palomas han terminado la muda y, gracias a su estilo de vida casi independiente, han ganado vivacidad y un aire algo salvaje que les sienta muy bien.

Sus plumas son más suaves, limpias y densas, y se parecen más a aves silvestres y libres.

Sin embargo, junto a estas ventajas, existen varias desventajas, que se pueden resumir en la pérdida de palomas.

Ya hemos visto que pueden ir a un palomar vecino y, lamentablemente, cuando una sola paloma comete este error, incita a otras a hacer lo mismo, causando pérdidas irreparables. Incluso en el campo, están expuestas a numerosos peligros.

Si bien los cazadores y apicultores de nuestros países generalmente respetan a nuestras palomas, no se puede decir lo mismo de los gatos y los halcones.

En agosto, cuando se corta el grano y se apila en gavillas, el gato se esconde en los huecos entre ellas, y cuando una paloma se acerca, inevitablemente se pierde: esto explica por qué se pierden tantas palomas cuando comienzan a vagar por el campo.

Hacia finales de septiembre y durante todo octubre, tiene lugar la migración de las aves rapaces; el halcón peregrino y el azor aparecen en nuestras tierras; incluso parecen quedarse bastante tiempo, como si la abundante comida que encuentran allí les hiciera abandonar nuestras regiones a regañadientes.

Así como las palomas deben buscar su alimento a diario, también las aves rapaces les exigen una caza incesante cada día; si un colombófilo pierde una paloma de esta manera, suele ocurrir que a esta pérdida le siguen varias más, porque el halcón, al igual que la paloma, regresa instintivamente al lugar que satisface sus necesidades.

SOBRE EL APAREAMIENTO DE LAS PALOMAS Y EL CRUCE DE RAZAS

Nada es más fácil que poblar un palomar, al menos en nuestra zona; debido a un espíritu de generosidad, que se ha convertido casi en una costumbre, el colombófilo nunca rechaza una solicitud de palomas jóvenes.

Quien se negara sistemáticamente sería mal visto por los colombófilos y podría convertirse en objeto de burla.

Además, como todos saben que una petición rara vez se rechaza, no se abusa de ella, y es mucho más frecuente que un colombófilo conocido por tener buenas palomas anime a sus amigos menos afortunados a intentar cruzar su raza.

Esto no se debe a que el colombófilo no esté apegado a sus palomas; al contrario, las valora más que las de su vecino, porque es su raza, él la desarrolló y podría rechazar generosas ofertas de dinero.

Cuando un nuevo colombófilo quiere poblar su palomar, suele solicitar pichones a todos los colombófilos.

Su impaciencia desmedida no le da tregua hasta que tiene al menos tantas parejas como nidos ha construido para alojarlas.

Ya se está prometiendo el éxito en las competiciones; las probabilidades son tan altas que la fortuna podría sonreírle, como a cualquier otro.

Este encanto no durará mucho; el sistema que ha seguido es defectuoso, y debería considerarse afortunado si le quedan palomas al final de la temporada.

Sería mucho más prudente moderar su impaciencia y evitar cualquier tipo de viaje durante el primer año.

Debería intentar conseguir tres o cuatro parejas de un criador y la misma cantidad de otro.

Con estas seis parejas, que deberá evitar cruzar —es decir, emparejará palomas de la misma fuente— podrá poblar su palomar.

El placer de criar ejemplares hermosos y excelentes compensará la privación autoimpuesta de la competencia.

Debe mantener intactas las dos razas que recibió.

En primer lugar, porque los criadores que se las dieron probablemente las hayan probado; y en segundo lugar, el joven colombófilo puede, en su segundo año, mediante varios viajes de 40 a 50 leguas, probar la descendencia de cada una de estas razas y decidirse por una u otra si los resultados obtenidos lo obligan a tomar una decisión.

En el segundo año, si así lo desea, puede cruzar las dos razas y probar su descendencia simultáneamente.

Este método es sin duda un poco más largo, pero tiene mayor probabilidad de éxito.

Otros, cuando surge la oportunidad, compran un palomar completo a un precio muy elevado.

El éxito en estas condiciones sigue siendo la excepción.

No se puede crear una buena raza de la noche a la mañana; requiere tiempo, selección y selección; las palomas deben acostumbrarse al método del maestro, del mismo modo que el maestro debe discernir entre sus alumnos aquellos que prometen y aquellos que necesitan corregir.

Para gestionar correctamente un palomar, no solo se requiere talento para la observación, sino también tacto y discernimiento; los verdaderos aficionados son casi tan raros como las buenas palomas.

Entre ellos, la casualidad puede dar lugar a una paloma de carreras excepcional, y si el propietario sabe cuidarla, puede tener éxito durante varios años; pero si la edad o un accidente la incapacitan, los éxitos y logros a veces desaparecen durante mucho tiempo.

Cuando una pareja produce buena descendencia, debería conservarse exclusivamente para la cría; pero a menudo el macho o la hembra se ha distinguido en competiciones, y en el momento de la competición, la esperanza de otro éxito seduce al aficionado; la inscribe, supuestamente, por última vez; esta última vez se repite, la paloma acaba perdiéndose y, con ella, la fuente de buena descendencia.

Hay que ser más prudente y saber sacrificar el presente por la esperanza del futuro.

Con frecuencia ocurre que un macho produce excelente descendencia con una hembra pero no con otra; no hay que demorarse, lo mejor es buscarle una nueva pareja inmediatamente.

Sin embargo, estos cambios no deben ser demasiado frecuentes.

Una paloma que se altera a menudo, ya sea por un cambio de nido o por la presencia de otra hembra, puede pasar de ser buena a ser mala.

Esta ave, más que ninguna otra, está muy apegada a sus hábitos; es un instinto que, en cierto modo, hemos desarrollado en ella.

Es para conservar su palomar y nido habituales que emprende largos viajes.

Cuando, sin razón suficiente, se frustra este instinto, ya sea obligándola a adoptar otro nido o imponiéndole otra hembra, o un macho si es hembra, es fácil comprender que se está actuando de forma perjudicial sobre sus facultades.

Esta tendencia innata a mantener los mismos hábitos es, en cierto modo, sustituida por un instinto de cambio.

En estas condiciones, una paloma pierde su fidelidad; puede ir a un palomar vecino o, cuando viaja y tiene hambre o sed, se mezclará fácilmente con otras palomas y beberá de un bebedero ajeno.

En principio, debemos respetar los hábitos de la paloma y minimizar los cambios: siempre el mismo palomar, el mismo nido, la misma pareja.

Según algunos observadores, la hembra, desde el punto de vista reproductivo, pierde sus cualidades más rápidamente que el macho; como resultado de esta observación, surgió la costumbre de emparejar al macho con una hembra más joven.

Sea cual sea la opinión expresada, la práctica es acertada y podría generalizarse diciendo que no se debe criar con una pareja de palomas demasiado viejas.

Si se desea descendencia de un macho mayor, se le debe emparejar con una hembra joven; y viceversa, si se pretende perpetuar las cualidades de una hembra, se le debe emparejar con un macho joven.

El apareamiento es fácil durante los meses más cálidos; en abril y mayo, tres o cuatro días suelen ser suficientes.

Sin embargo, hay ciertas observaciones que conviene tener en cuenta: una hembra con huevos o crías será muy resistente a nuevos apareamientos.

Antes de confinarla con el macho previsto, debes retirar sus huevos o crías y darle tiempo para que se olvide de ellos, o esperar hasta que las crías tengan entre dieciocho y veinte días de edad, que es cuando la hembra suele prepararse para poner nuevos huevos.

Las palomas que se van a emparejar deben retirarse del palomar y colocarse en un compartimento o nido aparte, en otro lugar.

Si el momento es el adecuado, pronto se observará el apareamiento y las palomas podrán trasladarse al nido preparado, idealmente el que ocupaba anteriormente una de ellas.

Si el macho ya ha estado emparejado, es recomendable retirar a su expareja del palomar durante unos días; de lo contrario, volverá con su marido y ahuyentará a su rival.

Dado que estas separaciones y nuevos emparejamientos son estresantes para las palomas, a veces requiriendo confinamiento durante varios días, podría ser preferible realizarlos después de que termine la temporada de cría, es decir, durante el mes de agosto.

En esta época del año, la paloma aún conserva suficiente vigor para facilitar el apareamiento y, además, si la privación de libertad le causó algún daño, tendrá todo el final de la temporada para recuperarse.

Si el propósito de este trabajo no se limitara exclusivamente al estudio de la paloma mensajera, y si, por consiguiente, el plumaje fuera de importancia secundaria, este sería el momento de presentar los resultados de las observaciones sobre la mezcla de colores e indicar cómo proceder en los apareamientos para obtener tal o cual tonalidad; pero estas investigaciones, incidentales al tema, se desviarían demasiado y excederían los límites que me he impuesto.

Existe otra cuestión más importante que abordar: la del cruzamiento.

Se dan circunstancias en las que es necesario regenerar la población de un palomar; bien las enfermedades aparecen con demasiada frecuencia y diezman palomas valiosas cada año, o bien la raza no es de buena calidad y queda constantemente rezagada en las carreras.

En tales circunstancias, hay que cambiar de raza o recurrir al cruzamiento.

El primer método es drástico, pero rara vez se aplica, porque requiere sacrificar todas las palomas y privarse de participar en carreras durante varios años.

La mayoría de los aficionados preferirán el segundo método: el cruzamiento.

Para llevar a cabo esta regeneración, existen dos maneras: mediante una raza conocida y respetada o mediante una variedad cuyo valor como paloma mensajera aún no ha sido evaluado.

Si, a través de un amigo, se consiguen algunas parejas de palomas jóvenes, la tarea se simplifica y no presenta dificultad alguna.

La confianza depositada en quien las vendió garantiza su calidad, y no será necesario ponerlas a prueba.

Sin embargo, esto no ocurre si el aficionado prefiere cruzar con una raza desconocida.

A pesar de esta circunstancia desfavorable, es la forma más común de hacerlo, ya sea porque se ha intentado el primer método o porque el aficionado desea crear una raza especial.

No obstante, no se debe emprender el cruzamiento a la ligera; para tener alguna posibilidad de éxito y evitar perder un tiempo valioso, es fundamental proceder con cautela.

Se debe intentar conseguir una o dos parejas de la variedad elegida y, durante los meses más cálidos, se debe tener mucho cuidado para obtener crías de la mejor calidad.

Estas aves serán sometidas a un examen minucioso y repetido; luego, se las pondrá a prueba en varios vuelos.

De esta manera, se podrá evaluar su conformación, comprobar que su plumaje sea denso y liso, y que sus alas, bien formadas, les permitan volar con facilidad y elegancia.

Mediante unos pocos vuelos de entrenamiento de treinta a cuarenta leguas, será posible determinar si poseen instinto de vuelo de regreso a casa y juzgar cuáles son las más rápidas y vigorosas.

Tras estas observaciones y pruebas, se podrá realizar una buena selección y, con toda probabilidad, el resultado cumplirá con las expectativas del aficionado.

Las circunstancias descritas anteriormente no son las únicas en las que se realiza el cruzamiento.

Ningún aficionado se conforma con un éxito parcial; exige una victoria completa y no escatima esfuerzos para lograrla.

Generalmente se acepta que el cruzamiento es beneficioso para la especie; de ahí, es fácil considerarlo un medio de mejora, y es natural que los aficionados recurran a él para mejorar su raza.

Pero aquí no se trata de una regeneración completa; simplemente se trata de que el aficionado obtenga, mediante un cruce, un número limitado de crías, que luego comparará con su raza original.

Para lograr esta mejora, el aficionado se pregunta si debe elegir un macho o una hembra como reproductores.

Una cuestión secundaria sería determinar el papel del macho y de la hembra en el acto reproductivo.

La cuestión no está resuelta y, en el estado actual de nuestros conocimientos, no puede resolverse de forma absoluta.

Demasiadas circunstancias de temperamento, constitución, edad y fuerza, demasiadas predisposiciones accidentales de vigor, enfermedad e irritabilidad nerviosa influyen en el acto de la generación en la futura descendencia como para que sea posible establecer una regla general.

Quienes han estudiado palomas de aviario —es decir, todas esas hermosas razas y variedades que han desaparecido gradualmente de nuestros países debido a la invasión de la paloma mensajera— han estudiado la influencia del cruzamiento en la descendencia con mucha más profundidad.

Han intentado discernir qué papel corresponde al macho y cuál a la hembra.

Mediante una larga serie de observaciones minuciosamente registradas y experimentos repetidos, han logrado establecer reglas fijas para el apareamiento de las palomas, según el resultado deseado.

Estas reglas no solo pretenden mostrar cómo se obtienen las innumerables variedades de plumaje, sino también, al menos en cierta medida, cómo se han adquirido estas formas inusuales mediante el cruce de una raza con otra.

Estudios detallados realizados por aficionados a las palomas de aviario los han llevado a la conclusión de que solo el macho se reproduce, es decir, transmite a su descendencia las formas generales y las características distintivas.

Para explicarlo mejor, tomaré un ejemplo de la monografía de Boitard y Corbié y supongamos que se desea establecer una raza de paloma pavo real de la que solo se dispone de un macho.

Se elegiría una hembra que, sin llevar la cola en forma de abanico, guarde cierta semejanza con él en tamaño y forma.

Los hijos nacidos de esta unión no serán todos idénticos: algunos habrán heredado parcialmente las características del padre, otros se parecerán más a la madre.

De entre estas crías, se elegirá y apareará a la hembra que más se parezca al macho; las crías de esta segunda unión ya se parecerán mucho más al macho.

El mismo procedimiento se utilizará al año siguiente, es decir, de entre las hembras jóvenes, se elegirá la que haya adquirido las características distintivas del macho.

Normalmente, después de tres generaciones, la metamorfosis se completa; las crías de la última generación serán, con raras excepciones, palomas pavo real perfectamente formadas.

Esta teoría de la influencia exclusiva del macho es sorprendente y difícil de aceptar.

Sería necesario hacer lo contrario, en cierto modo, e intentar el mismo experimento con la hembra de raza pura, es decir, aparearla año tras año con la descendencia masculina de generaciones sucesivas.

¿Cómo serán las crías de la cuarta generación, con quince dieciseisavos de sangre femenina y solo un dieciseisavo de sangre masculina?

No puedo creer que se destruyan las características distintivas de la raza femenina.

Por el contrario, cabe suponer que la última descendencia las reproducirá con exactitud.

Concedámonos por el momento que se necesita una generación más para establecer la consistencia de la transmisión; pero no se puede afirmar categóricamente que solo el macho transmita las características de la raza.

Más adelante veremos que ciertos hechos contradicen esta conclusión.

El ilustre Linneo admitió que el macho aporta las partes externas y la hembra los órganos internos; así, los carneros merinos españoles, cruzados con ovejas de lana corta y áspera, produjeron descendencia con lana larga y sedosa.

Mientras que los carneros suecos de pelaje áspero transmitieron este rasgo a su descendencia a pesar de cruzarse con ovejas merinas.

De manera similar, se ha observado que los carneros ingleses sin cuernos, cruzados con ovejas suecas con cuernos, producen corderos sin cuernos; mientras que ocurre lo contrario cuando las ovejas inglesas sin cuernos se cruzan con carneros con cuernos.

En estos ejemplos, es claramente el macho quien aporta las características externas.

Columella y Buffon confirmaron esta opinión mediante sus observaciones de conejos, palomas y tórtolas.

Frisch, por su parte, afirma que las aves híbridas suelen heredar la cabeza y la cola del padre.

De hecho, el híbrido resultante del cruce entre un camachuelo macho y una canaria hembra, al igual que su padre, posee un pico muy fuerte y una cabeza grande.

La conclusión que se desprende de estas diversas opiniones y los ejemplos que las respaldan es que el macho, en todas las circunstancias de vigor y cuando los machos tienen la misma edad, ejerce una marcada influencia sobre el plumaje, el tamaño, la forma general y, en particular, sobre la cabeza.

Pero, como hemos visto, esta influencia no es exclusiva; admitirla como tal implicaría negar cualquier participación de la hembra.

Que su influencia sea menos pronunciada en el caso específico que nos ocupa —es decir, en la transmisión de las características de la raza, que son rasgos externos predisponentes parece probable, y como se ha dicho, será necesaria otra generación para establecer la permanencia de un tipo.

Si, en lo que respecta a la organización física, todavía estamos tan poco informados sobre el papel del macho en el acto de reproducción y el de la hembra, la oscuridad se vuelve aún mayor cuando consideramos el aspecto moral, es decir, las facultades instintivas o intelectuales.

Recordemos, sin embargo, un ejemplo bien conocido: la mula es descendiente de un burro y una yegua; posee la voz, las orejas, la cola y la terquedad de su padre, mientras que hereda la fuerza, el tamaño, el pelaje y el color de su madre.

Este hecho podría acercarnos a la solución que buscamos, a saber, que el padre aporta las aptitudes instintivas, si el potro, descendiente híbrido de una burra y un semental, ya no guarda semejanza alguna con su madre, cuya terquedad conserva.

¿De dónde proviene esta preponderancia de la especie del burro sobre la del caballo? Simplemente debemos observarla; no obstante, en ambos casos, el temperamento parece haberse debilitado.

Si no se alcanza el objetivo deseado, se puede concluir que es peligroso intentar mejorar una raza inteligente cruzándola con una menos refinada; existe el riesgo de disminuir el nivel instintivo o intelectual de la raza que se pretende mejorar.

Creo que esto ya ha sucedido.

Recientemente, nuestras pequeñas palomas mensajeras se han cruzado extensamente con palomas mensajeras inglesas; la descendencia supera a nuestra raza autóctona en fuerza y vigor, pero según la opinión casi unánime de los aficionados, regresan peor de los viajes largos, se desaniman con mayor facilidad y se extravían con más facilidad.

Incluso parece que, en lugar de mejorar con la edad, degeneran rápidamente.

La paloma mensajera belga, que destaca en su juventud, suele mantener su superioridad durante varios años y completa con éxito entre diez y doce campañas consecutivas, e incluso más.

Un aficionado, cuya veracidad es indiscutible, vio a una de sus mejores palomas regresar de Bilbao, España, a la edad de veintidós años.

Sin embargo, la descendencia mestiza tiene una ventaja: a partir de los dos o tres años,

pueden emprender viajes bastante largos y, si el tiempo es favorable, ganan; pero si tienen que luchar contra el viento, son menos consistentes y abandonan la carrera.

Cuando una raza de palomas, sin ser del todo superior, produce buenos corredores, el propietario haría bien en intentar mejorarla sin recurrir a cruces inciertos; pero para muchos aficionados, las palomas son como las modas: los cambios constantes son necesarios, y la impaciencia por alcanzar éxitos brillantes siempre les hace envidiar lo que no tienen.

Si sufren un revés, se irritan y abandonan la cría de palomas.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, solo ellos mismos son responsables de su fracaso, y si están dispuestos a esforzarse, descubrirán los errores que han cometido.

Así pues, para demostrar su error, bastará con citar un hecho: a menudo se descubre, tras las competiciones del año, que dos aficionados afortunados reúnen las palomas que les dieron la victoria para emparejarlas y obtener descendencia.

La idea que los guía es ciertamente muy natural, pero no consideran que, para ello, es necesario separar a las palomas macho y hembra, cada una por su lado, y luego emparejarlas; es necesario privarlas de su libertad, mantenerlas durante mucho tiempo en un espacio confinado donde no pueden hacer ejercicio; a estas condiciones desfavorables se suma el aburrimiento de estar separadas de su palomar y no será de extrañar que las funciones comiencen a languidecer y que los productos nacidos de esta unión forzada no tengan las cualidades esperadas.

En tal caso, sería más útil investigar a los padres de estas palomas victoriosas e intentar obtener más descendencia; habría una mayor probabilidad de encontrar lo que se busca.

El atavismo, es decir, la tendencia de los descendientes a parecerse a su ancestro paterno o materno, se observa con frecuencia en las palomas.

Este es otro recurso que los criadores pueden aprovechar cuando desean reproducir un tipo perdido.

Como resultado de esta tendencia, la tercera generación a menudo se parece a la primera, y al emparejar la descendencia de esta tercera generación, podrán fijar el tipo que prefieren de manera más duradera.

Antes de concluir este capítulo, aún necesito señalar una observación muy curiosa e importante desde el punto de vista de la descendencia.

A veces surge la necesidad de que un criador cambie los emparejamientos de sus palomas; Si es observador, habrá notado que los polluelos de paloma nacidos de un nuevo apareamiento no reproducen los colores ni la forma de su padre adoptivo, sino con mucha más frecuencia los del primer macho de la hembra; la influencia de este último se puede sentir incluso en la siguiente generación, y será aún más evidente cuanto más dominante sea el color, como, por ejemplo, el negro.

Este hecho no es exclusivo de las palomas; el Sr. J. Voos, un criador muy distinguido de pollos y palomas, me comentó que esta tendencia es especialmente evidente en las primeras.

Por lo tanto, al confinar un gallo y una gallina en un aviario, con el fin de obtener descendencia de raza pura, no se debe esperar obtenerla inmediatamente si, antes de ser confinada, la gallina ha sido cortejada por otro gallo.

Hay que esperar de dieciocho a veinte días, durante los cuales la gallina habrá puesto cierta cantidad de huevos, probablemente de ocho a diez.

Tras este periodo, los nuevos huevos habrán sido fertilizados por la gallina que acompaña a la gallina en cautividad y darán lugar a la descendencia deseada.

Un experimento igualmente concluyente puede realizarse fácilmente: si una gallina que ha convivido con un gallo es retirada del corral y confinada, los primeros huevos que ponga serán fértiles.

Se sabe que las gallinas ponen un número determinado de huevos y luego descansan unos días; es probable que los huevos de una misma nidada, aunque se encuentren en distintas etapas de desarrollo, sean fertilizados simultáneamente; o que la sustancia reproductiva del macho permanezca en los oviductos, conserve sus propiedades y fertilice los huevos a medida que pasan por ellos.

Esta última hipótesis es más probable, ya que está respaldada por fenómenos similares observados en animales inferiores, especialmente en insectos.

SOBRE LA PUESTA E INCUBACIÓN

Al igual que las palomas mensajeras, las palomas mensajeras son muy prolíficas y pueden producir de ocho a nueve nidadas al año.

Esta alta producción las debilita considerablemente, tanto a machos como a hembras, y dado que este no es el objetivo de los aficionados, se han realizado esfuerzos para limitarla y reducirla al mínimo indispensable, lo que consiste en compensar las pérdidas que el transporte ocasiona en el palomar.

Cabe reiterar que los aficionados a las palomas mensajeras deben asegurarse de que la muda se produzca en buenas condiciones y lo más tarde posible.

Si bien se puede permitir que las palomas incuben durante la muda, las destinadas a competiciones no criarán a sus crías durante este periodo; de lo contrario, la muda se detiene y solo se reanuda más tarde, en condiciones menos favorables.

Podemos retrasar la muda evitando que las palomas pongan huevos e incuben demasiado pronto.

El fuego del amor tiene una duración limitada.

Si empieza pronto, termina pronto, y la paloma que pierde su ardor inmediatamente comienza la muda.

Por lo tanto, debemos intentar retrasar el desarrollo del cortejo en primavera lo máximo posible; hemos visto cómo se puede lograr esto mediante una distribución de alimento muy regular y medida.

Sin embargo, a veces sucede que febrero es muy suave y, a pesar de todos los cuidados, las palomas lo resienten.

En esta circunstancia, no queda más remedio que separar a los machos de las hembras.

Esto es lo que hacen muchos colombófilos; como uno u otro debe permanecer en cautividad, siempre son las hembras las que se mantienen en cautividad.

Primero, porque generalmente viajan menos que los machos, y segundo, porque son menos fieles, o mejor dicho, el fuego del amor se enciende tan rápido en ellas que se olvidan de sí mismas hasta el punto de seguir a un macho a un palomar que no es el suyo.

Esto no ocurre con los machos; ellos disfrutan arrullándose entre sí y no piensan en abandonar su hogar.

Además, su cautiverio no será largo; mediados de marzo se acerca rápidamente y los prisioneros serán liberados.

Antes de concederles la libertad, se preparará cuidadosamente el palomar para recibirlos: se reinstalarán los nidos y se les colocarán los nidos.

Es un momento muy divertido para el aficionado cuando los machos se reencuentran con sus parejas: reina una actividad extraordinaria en el palomar, lleno solo de aleteos y alegres arrullos, interrumpidos únicamente por las caricias más tiernas y apasionadas.

Cada macho ha recuperado a su pareja y la persigue sin descanso, dejándola en paz solo cuando se ha retirado a su nido.

Entonces se colocan unos puñados de paja a su alcance, que los machos arrebatan rápidamente y que las hembras acomodan lo mejor que pueden en los nidos.

Después de siete u ocho días, comienza la puesta de huevos.

Aunque no es necesario ofrecer una historia natural completa de la paloma, debemos recordar que el primer huevo se pone entre el mediodía y las 2 de la tarde, y el segundo dos días después, entre las 4 y las 6 de la tarde, es decir, entre cincuenta y dos y cincuenta y cuatro horas después.

Dos o tres días antes, se puede observar que la hembra se prepara para la puesta: está más tranquila, vuela menos, suele permanecer en el nido, sus alas están ligeramente caídas y su rabadilla está expuesta.

A veces ocurre que una hembra pone habitualmente solo un huevo; esto es raro y se observa con mayor frecuencia en una hembra joven durante su primera puesta; pero posteriormente se ajusta a la regla.

Más adelante, al hablar de las enfermedades de las palomas, tendré la oportunidad de señalar ciertas anomalías en la puesta de huevos; veremos en qué circunstancias una hembra pone huevos sin cáscara y qué se debe hacer para remediar este defecto.

Por el momento, si la hembra va a participar en competiciones, se deben colocar huevos bien formados en su nido para que pueda incubarlos y no se debilite con otra puesta; lo cual

ocurriría en pocos días, porque los huevos sin cáscara no se pueden incubar y se rompen con la más mínima presión.

También hablaremos del caso más grave en el que la inflamación de las vísceras abdominales impide la puesta de huevos, una condición conocida como "avalura".

La incubación comienza inmediatamente después de la puesta del segundo huevo; se reparte, aunque de forma muy desigual, entre el macho y la hembra.

El macho incuba solo tres o cuatro horas por la tarde, mientras que la hembra, con notable diligencia, no abandona el nido en toda la noche ni en la mayor parte de la mañana.

Si durante este tiempo siente la necesidad de beber o comer, se apresura a buscar semillas o va al bebedero, para luego regresar a su nido con gran entusiasmo.

Hacia el final de la incubación, la hembra ha perdido mucho peso; por lo tanto, los criadores cuidadosos, si se trata de una paloma reproductora, toman la precaución de colocarle comida a su alcance.

Cuando se desea criar una buena pareja de palomas, a veces es útil saber si los huevos son fértiles.

Para comprobarlo, sostenga el huevo entre el índice y el pulgar y colóquelo entre su ojo y la luz de una vela.

Si está fertilizado, se observará una pequeña mancha más oscura en uno o más puntos.

Tras tres o cuatro días de incubación, esta mancha se habrá agrandado y se habrá convertido en el centro de unas finas líneas bien definidas, que no son más que vasos sanguíneos.

Casi al mismo tiempo, el huevo comienza a perder su transparencia y la cáscara se vuelve de un blanco opaco.

Este color se intensifica después de cinco o seis días y finalmente adquiere un tono ligeramente grisáceo o plomizo.

Por el contrario, si los huevos son transparentes, es decir, infértiles, conservan cierto grado de transparencia, pero irregular; su superficie no es uniforme y presenta manchas blanquecinas.

Al agitarlos suavemente, se oye un chapoteo, lo que no deja lugar a dudas.

A veces, se encuentran parejas que ponen huevos transparentes de forma constante.

Si se desea determinar cuál de los dos es responsable de esta infertilidad, no hay otra manera que separarlos.

Si se le asigna a la hembra un macho diferente y al macho una hembra diferente, los resultados del experimento no tardarán en llegar.

Sin embargo, existen ejemplos en los que ambos sexos de una pareja infértil han tenido descendencia tras aparearse con otras palomas.

En tales casos, existía una incompatibilidad en su estructura reproductiva difícil de discernir.

Aunque las palomas pueden vivir hasta veinticinco años, su fertilidad disminuye relativamente pronto y rara vez se mantiene más allá de los doce o quince años.

Según Boitard, la hembra parece estar menos agotada que el macho; esto puede ser cierto para las palomas de aviario, pero esta opinión, aplicada a nuestras palomas mensajeras, es muy cuestionable.

Lo que sí es seguro es que comienzan a reproducirse antes, son más precoces y con frecuencia ocurre que una hembra nacida a principios de año pone sus primeros huevos en septiembre del año siguiente.

Además, es muy difícil realizar observaciones sobre la duración de la fertilidad en las palomas mensajeras.

Son sometidos a tantas pruebas y tribulaciones que terminan muriendo o quedando incapacitados.

Por otro lado, dado que el objetivo para las futuras carreras es producir palomas jóvenes fuertes y vigorosas, es preferible conservar las crías de palomas de no más de seis o siete años; las nacidas de padres de tan solo tres o cuatro años se consideran las mejores.

Sin embargo, puede ocurrir que se desee reproducir la raza de una paloma de edad avanzada; en tal caso, es costumbre, como se mencionó anteriormente, darle un macho joven si es hembra, o viceversa.

En un palomar, una paloma es favorecida sobre otra, y se desea multiplicar su raza.

Los jóvenes aficionados, siempre impacientes, retiran repetidamente los huevos de la pareja preferida, obligando así a la hembra a poner múltiples huevos.

Esta costumbre desacertada tiene la doble desventaja de debilitar a las buenas palomas y

de producir, en última instancia, crías que dejan mucho que desear.

Hay que saber manejar la situación con cuidado.

Como máximo, solo se puede, una vez durante la temporada de buena suerte, retirar los huevos y forzar a la hembra a poner otra nidada; en este caso, es conveniente asegurar, mediante una alimentación variada, que no se agote.

Las condiciones en las que debe mantenerse una paloma para que participe en las carreras con alguna posibilidad de éxito se tratarán en su debido momento: la hembra que se prepara para poner no puede, sin peligro, ser retirada del palomar; tanto el macho como la hembra sufrirían grandes desventajas al estar confinados en los palomares de competición cuando los huevos están a punto de eclosionar o acaban de eclosionar.

Pero además de estas circunstancias cruciales, que trataré con mayor detalle en un capítulo posterior, existen ciertas precauciones que deben tomarse para la incubación al preparar el entrenamiento de palomas mensajeras.

Durante estos viajes cortos, en los que las palomas solo están ausentes uno o dos días,

es necesario, en la medida de lo posible, organizar las bandadas de manera que los dos sexos de la misma pareja

no se separen al mismo tiempo.

Una pareja incuba en ausencia de la otra, y el desarrollo del polluelo continúa con normalidad.

Sin embargo, si ambas parejas deben viajar juntas, para preservar la descendencia, es mejor confiar los huevos a otra pareja.

Algunos criadores colocan tres o cuatro huevos en el mismo nido; esto es una forma segura de perderlos todos, ya que la incubadora los mueve con frecuencia, cambiando su posición, de modo que a veces uno u otro queda expuesto y se enfría; o, si un huevo queda sellado, el polluelo queda aplastado entre los demás.

Cabe destacar que, en este caso, la puesta debe haber ocurrido aproximadamente al mismo tiempo; una diferencia de 48 horas, más o menos, puede provocar la pérdida de los polluelos durante la eclosión.

No obstante, se ha observado que una ausencia de veinticuatro o treinta horas no siempre perjudica el desarrollo del polluelo, especialmente si ocurre al principio o al final de la incubación.

Deben tomarse otras precauciones cuando los viajes se prolongan y las palomas permanecen en los nidos durante tres o cuatro días.

Aunque se ha observado que dos palomas reanudan la incubación tras tales ausencias, no se puede esperar que eclosionen; en la mayoría de los casos, abandonan los huevos y el macho persigue a su pareja para obligarla a poner otra nidada.

Cuando un sexo permanece en el palomar mientras el otro viaja, suele continuar incubando con diligencia durante los dos primeros días, pero al tercero, la tarea le resulta demasiado ardua, abandona los huevos repetidamente y pronto deja de regresar por completo.

Este abandono se producirá antes si se trata de una hembra y es cortejada por otro macho; este la seducirá rápidamente, se instalará en el nido del ave ausente y, cuando el legítimo dueño reaparezca, se desatarán peleas, cada vez más feroces cuanto más larga sea la ausencia.

Estas peleas deben evitarse, por lo tanto, en cuanto se observe que la hembra incubadora descuida sus huevos, lo mejor es retirar el nido y cerrar la caja nido.

Se puede volver a colocar todo en su sitio a la primera aparición del viajero; es posible que regrese a incubar y que la hembra siga su ejemplo.

La prueba puede no tener éxito, pero esto no es una consecuencia significativa.

Otra medida que conviene adoptar es registrar, por cualquier medio, el día en que comenzó la incubación.

Esto permite realizar sustituciones de huevos con mayor fiabilidad y, sobre todo, predecir el momento de la eclosión, algo fundamental al enviar palomas incubadoras en viajes largos.

Todos saben que la incubación dura diecisiete días y entre doce y quince horas.

Si no se lleva este registro, aún se puede determinar, examinando la superficie del huevo, si el pichón está vivo y si eclosionará.

Uno o dos días antes, la cáscara presenta una grieta, una pequeña protuberancia con fisuras radiales, producida por el pico del pichón, que ha crecido desde el interior.

A través de esta abertura, el aire llega al pichón, sus pulmones se expanden y el huevo finalmente se divide en dos, que se separan para permitir la salida del polluelo.

Durante el verano de 1857, caracterizado por sus altas temperaturas y la consiguiente sequía, observé en varias ocasiones que la eclosión era imparable y que los polluelos perecían dentro del cascarón.

Este hecho solo puede atribuirse a la tenacidad de la membrana que rodea la clara; esta membrana, excesivamente seca, presentaba una resistencia que no posee en condiciones normales.

Una observación frecuente respalda esta idea: se sabe que en las granjas, las gallinas suelen poner sus huevos en setos, sobre tierra desnuda; si deciden incubar, la incubación suele producir tantos polluelos como huevos; hay que admitir que la humedad del suelo

favorece una eclosión exitosa; la tranquilidad de la incubadora no es la única causa del éxito, ya que esta condición no falta en los gallineros.

Aunque los huevos de paloma se ponen con más de dos días de diferencia, la eclosión de los polluelos es casi simultánea; incluso parece que el último huevo eclosiona un poco antes que el primero.

Esto depende, muy probablemente, de que el primer huevo tenga tiempo de enfriarse, ya que la hembra no lo incuba con diligencia; mientras que el segundo, al no enfriarse, eclosiona antes que el primero.

Y para poner otro ejemplo de la gallina, el primer huevo de una nidada puede ponerse quince días antes que el último, y aun así todos los polluelos eclosionarán en veinticuatro horas.

Del mismo modo, se deduce que un huevo puede conservarse intacto y listo para la incubación tras cierto número de días, siempre que no haya comenzado a incubar.

No obstante, es fundamental colocarlo en un lugar fresco donde la temperatura se mantenga constante.

Boitard aconseja, para lograr el mismo resultado, colocar los huevos en una caja sobre una capa gruesa de ceniza tamizada, cubrirlos con otra capa del mismo material y cerrar bien la caja.

Esta observación, independientemente del método utilizado, puede aplicarse en muchas circunstancias.

Incluso se ha intentado conservar huevos puestos a finales de primavera por una pareja selecta, para incubarlos la primavera siguiente; los huevos se colocaron en un sótano y se metieron en una caja con arena muy fina; el experimento no tuvo éxito; sin embargo, sería útil emprender nuevos experimentos desde esta interesante perspectiva.

DE LOS PICHONES

En nuestros países, los palomares no están muy concurridos.

En promedio, albergan entre veinte y veinticinco parejas de palomas; pocas superan esta cifra, y muchas tienen menos.

Un verdadero colombófilo cuida personalmente de sus palomas, las vigila y debe estar al tanto de todo lo que sucede en el palomar.

Cuando sus palomas regresan de los viajes de entrenamiento, es importante que sepa cuáles llegan primero y cuáles resisten mejor el cansancio.

Algunos colombófilos son excesivamente estrictos en este sentido; no perdonan que una paloma llegue tarde habitualmente o que se quede rezagada cuando sus compañeras llegan el día de la suelta.

Eliminarán a la paloma que se haya cansado más que las demás en un viaje corto.

Sin embargo, esto es una excepción; si vuelve a ocurrir, la paloma carece de vigor o su instinto le engaña; otra más talentosa ocupará su lugar.

La disciplina estricta en estas circunstancias es la mejor manera de establecer un buen palomar y, posteriormente, alcanzar un éxito significativo.

Es fácil comprender que para realizar estas observaciones detalladas, y muchas otras que surgen constantemente en un palomar, este no debe estar superpoblado; de lo contrario, la memoria deja de ser suficiente, la observación precisa se vuelve imposible y se termina por no observar nada en absoluto; los éxitos se convierten entonces en meras coincidencias.

Es de suma importancia que la eclosión ocurra en el momento adecuado; cuando falla, los padres enferman y pueden contraer una afección grave, a menudo mortal, conocida como ¿ladre?.

Esta es la misma enfermedad que se desarrolla en las hembras de mamíferos cuando se ven privadas repentinamente de sus crías, una afección comúnmente conocida como¿ ladre?.

Al hablar de las enfermedades de las palomas, describiré los síntomas de esta afección y veremos cómo curarla.

Sin embargo, es esencial asegurar que la eclosión ocurra en el momento normal: los huevos deben examinarse cuidadosamente; si comienzan a agrietarse, si están, como se dice, "rotos/picados", se debe esperar uno o dos días.

Es muy probable que las palomas jóvenes terminen el trabajo.

Si, por el contrario, resulta evidente que no pueden desprenderse del cascarón por sí solas, se puede intentar ayudarlas; con un objeto de punta roma, como una aguja de tejer, levante suavemente el cascarón y rómpalo en varios puntos.

Esta operación rara vez tiene éxito si se intenta quitar el cascarón entero; es mejor dejar una parte.

La ayuda prestada a la paloma joven puede ser suficiente; ella misma hará el resto.

A esta edad, es tan delicada que la más mínima herida inevitablemente la matará.

En caso de que los huevos se echen a perder o las palomas jóvenes mueran antes de eclosionar, si los padres son palomas de competición y pronto participarán en una carrera, es fundamental proporcionarles otras palomas jóvenes para alimentar.

Estas son circunstancias muy delicadas, y el éxito de una temporada de carreras a menudo depende de ellas.

Si no se dispone de palomas jóvenes en un momento dado, se corre el riesgo de no poder utilizar a las mejores palomas de pelea, y si se las inscribe en una carrera, llegarán tarde o puede que no lleguen en absoluto.

En un palomar bien organizado, suele haber tres o cuatro parejas en las que depositas tus esperanzas.

Es necesario, en cierto modo, contar con reservas para estas parejas; es decir, otras palomas que no viajan y que, en cierto modo, se sacrifican en favor de sus compañeras más queridas.

Para explicar mejor esta regla, supongamos que una pareja de palomas de alta calidad, destinadas a participar en largas carreras, pone huevos; y que otra pareja de palomas más jóvenes, o palomas que no viajan, pone huevos casi al mismo tiempo.

Las fechas deben registrarse cuidadosamente; ambas parejas deberían tener crías aproximadamente al mismo tiempo.

Si los huevos de la pareja preferida no sobreviven, uno de los dos pichones de la pareja de reserva se entregará para su cría.

Cuando las palomas viajeras estén de camino, el pichone se recupera y se coloca en su nido original, incluso si esto implica trasladarlo de nuevo al regreso de sus padres adoptivos.

De esta forma, no hay necesidad de temer el desarrollo de la enfermedad ni la puesta repetida de huevos.

Hasta ahora, los pichones solo se han considerado desde la perspectiva de la salud de los padres; son importantes por derecho propio y deben ser objeto de un examen especial.

Son la esperanza para el futuro cuando las aves adultas se agoten; poseerán todas las cualidades necesarias para reemplazarlas ventajosamente.

Se suele decir que quien no avanza, se queda atrás; lo mismo podría decirse de los colombófilos.

El éxito solo puede coronar los esfuerzos persistentes; las pequeñas cosas a menudo tienen grandes consecuencias.

Al mantener palomas jóvenes de origen defectuoso, con el pretexto de que se fortalecerán más adelante, se corre el riesgo de ver degenerar una buena raza; la descendencia resultante no será mejor que sus padres.

Siempre hay que tener en mente el progreso.

Se debe prestar atención al pichone incluso antes de que nazca.

Si la madre ha puesto varias nidadas sucesivas y muy seguidas, es probable que los últimos huevos sean más pequeños que los primeros, y los pichones que nazcan de ellos también sufrirán esta reducción.

Las mejores nidadas son las que se ponen en primavera, cuando las condiciones son favorables.

En la medida de lo posible, las palomas jóvenes que se pretenden conservar deben recibir una atención especial: se desarrollan mejor en un lugar con poca luz.

Si el gallinero donde nacen está demasiado iluminado, se puede reducir la luz colocando una división; allí estarán más tranquilas y protegidas de los ataques de los machos jóvenes demasiado enérgicos, que las pisotean sin importarles su corta edad.

No deben ser sacados del nido ni examinados, salvo para limpiarlos y retirar los excrementos que los rodean; la humedad de estos y el olor penetrante resultante son igualmente perjudiciales para ellos.

Los padres de estas palomas jóvenes y reservadas no participarán en el viaje mientras tengan crías que alimentar; las ausencias repetidas pondrían en grave peligro su llegada segura; los pichones necesitan mucha comida; cuando el hambre los atormenta, abandonan el nido, se enfrían, sufren indigestión y la diarrea los agota; o, si caen del nido, pueden morir o convertirse en presa de otras palomas, que los atacan con picotazos, dirigidos especialmente a la cabeza, lo que provoca una enorme hinchazón que los desfigura por completo.

Esta inexplicable ferocidad a veces llega al extremo de dejarles el cráneo completamente desnudos o incluso dejarlos sin vida en algún rincón apartado.

Para las palomas mensajeras, no he defendido el método de proporcionarles constantemente el alimento que necesitan.

Prefiero alimentar a las palomas dos o tres veces al día.

Sin embargo, cuando los nidos están bien llenos de pichones, conviene realizar la primera alimentación lo antes posible.

Es importante colocar un recipiente con comida en el nido de las palomas que se alimentan. Por la mañana, sobre todo cuando las noches aún son largas, el estómago de la paloma joven, dotada de una digestión muy rápida, está completamente vacío.

Los padres deben encontrar comida a su alcance al amanecer para que puedan llenar el vacío en este estómago hambriento.

No todas las palomas son igualmente aptas para criar pichones; algunas son más dedicadas que otras.

Se ha observado que las razas con picos muy cortos suelen desempeñar esta tarea muy mal; las de menor tamaño, cuyo esófago es, por consiguiente, bastante estrecho, se encuentran en la misma situación.

En este sentido, las razas más grandes, y en particular las palomas resultantes del cruce de nuestras palomas mensajeras con la paloma mensajera inglesa, gozan de una merecida reputación.

Algunos aficionados mantienen algunas parejas únicamente con el propósito de criar pichones.

La producción puede tener lugar durante toda la temporada buena; pero los jóvenes nacidos después del 4 de julio, con toda probabilidad, solo experimentarán una muda incompleta; conservarán hasta septiembre del año siguiente las grandes plumas de las alas y la cola.

Estas plumas son más opacas que las demás, carecen de brillo y no alcanzan su longitud completa.

Como resultado, durante todo un año, la paloma carece de sus proporciones regulares, elegancia y destaca entre las demás.

Estos son inconvenientes menores, no defectos.

Las palomas nacidas y criadas en agosto y septiembre a veces se desarrollan mejor que las nacidas en primavera; son más robustas y de apariencia más imponente.

Si uno está dispuesto a ser paciente hasta que hayan experimentado una muda completa, no serán menos hermosas ni menos valientes que las nacidas en mayo.

Es deseable que la paloma, treinta días después de su nacimiento, esté bien formada, con un plumaje limpio y apretado, y que salga de su caja nido.

A la hora de comer, viene a recoger algunas semillas.

Se reúne fácilmente con sus padres, a quienes les pide lo que sobró de la comida que los más activos no le han dejado terminar.

Es encantador verlo perseguir con ligereza a su padre adoptivo, quien elude sus súplicas, como si este, con admirable intuición, quisiera mostrarle que es hora de que sea autosuficiente.

SOBRE LA MUDA

Aunque los fenómenos de la vida de la paloma se han observado minuciosamente, aún existen varios cuyo conocimiento deja mucho que desear y a los que es fundamental llamar la atención de los aficionados: la muda es uno de ellos.

Varios autores, entre ellos Boitard y Corbié, han clasificado este fenómeno entre las enfermedades de la paloma.

No comparto en absoluto esta opinión; la muda es una función periódica, cuya ocurrencia normal y regular depende ante todo de una salud perfecta.

Es cierto que cuando una paloma muda, pierde todo su vigor; está triste, busca descanso y soledad, se irrita y, si alguien la molesta o incluso pasa cerca, inmediatamente aletea.

Este tipo de letargo recuerda a la lentitud causada por una digestión lenta, con la diferencia de que dura más tiempo.

Generalmente, la paloma muda solo una vez al año, y su muda es completa, lo que significa que renueva todas sus plumas.

Sin embargo, una observación podría resultar engañosa: la paloma en primavera presenta un tono ligeramente diferente al que tenía en noviembre, cuando ha terminado la muda.

En primavera, luce más colorida, sus tonos son más definidos y su garganta iridiscente adquiere un brillo más intenso; en invierno, su plumaje se ve completamente ligeramente grisáceo.

Es posible que un fenómeno similar al observado en muchas aves de nuestro país ocurra en la paloma; así, los ornitólogos saben muy bien que el pinzón montañés, en su plumaje invernal, tiene la cabeza y la nuca cubiertas de plumas gris amarillentas, mientras que estas mismas partes, en primavera, son de un negro intenso y brillante; lo mismo sucede con el pardillo común, cuya corona escarlata y media luna violácea en la garganta están veladas en invierno por fibrillas grisáceas.

Estos cambios de tonalidad no son el resultado de una muda completa, sino del desgaste parcial de las plumas cuyas puntas tienen un color diferente al del resto.

La muda de las palomas tiene varias etapas y está sujeta a multitud de variaciones: por ejemplo, la paloma joven que abandona el nido en febrero o a principios de marzo experimentará una muda parcial; las plumas de la cabeza y el cuello se caerán ya en abril, siendo reemplazadas por plumas de colores brillantes; pero este es el alcance de esta muda incompleta.

De igual modo, las nacidas durante agosto, septiembre y octubre también experimentarán solo una muda parcial; las plumas grandes de las alas y la cola permanecerán inalteradas y aún podrán identificarse en septiembre del año siguiente.

Entre estas variaciones de la muda y la muda completa y normal, es fácil imaginar todas las etapas.

Veamos ahora cómo se produce esta última.

Casi se podría decir que la paloma muda durante la mitad del año.

En efecto, a partir de mayo, un poco antes o un poco después, la paloma pierde su primera pluma; la muda comienza con las plumas grandes de las alas, o rémiges, y es la décima, contando desde afuera hacia adentro, es decir, desde la punta del ala hacia su base, la que se cae; aproximadamente un mes después, es la anterior, es decir, la novena.

Por estas mismas fechas, la décima pluma ya casi ha alcanzado su tamaño máximo; la novena está a la mitad de su longitud total cuando la octava se cae a su vez; las demás plumas se desprenden sucesivamente a intervalos que varían de ocho a quince días.

Cuando el ala aún conserva cuatro o cinco plumas primarias viejas, la muda parece avanzar más rápidamente, y con mayor rapidez a medida que afecta a las plumas más pequeñas.

Las plumas de vuelo unidas al húmero, las del hombro o escapulares, se caen pronto, y las coberteras del ala les siguen poco después.

La muda se generaliza.

De la noche a la mañana, la cabeza queda casi completamente desnuda, no es que parezca desnuda, sino cubierta únicamente por pequeños tallos postrados formados por los cálamo que contienen las plumas enrolladas.

La muda afecta sucesivamente al cuello, el buche y el pecho.

La cola también se renueva de forma muy regular.

Omitiré deliberadamente mencionar los casos excepcionales en los que la cola se desprende casi por completo o de forma anómala; solo debemos considerar el patrón más común, que, por lo tanto, puede considerarse la norma.

La cola de la paloma mensajera consta de doce plumas, seis a cada lado, simétricas entre sí; la primera en desprenderse es la quinta, contando desde el exterior hacia el interior; crece y alcanza las tres cuartas partes de su longitud cuando se desprende la sexta, la central; esta ya es visible cuando la cuarta, y luego la tercera, se desprenden sucesivamente; la última en desprenderse es la segunda.

La cola, al igual que el ala, es un órgano de vuelo de gran importancia; mediante el desprendimiento sucesivo e intermitente de cada una de las plumas que la componen, la paloma nunca se ve privada de su uso.

Así, si se examina la cola de la paloma a finales de septiembre, esto es lo que se suele encontrar: la rectrice central se ha renovado y alcanza las cuatro quintas partes de su longitud; la que le sigue por el exterior, o la quinta, es nueva y está completamente desarrollada; la cuarta ya mide la mitad de su longitud; la tercera, solo un tercio; la segunda es todavía una rectrice vieja que aún no se ha desprendido.

Finalmente, comienza a emerger la primera pluma de las pequeñas coberteras de este órgano.

La renovación de las plumas no suele cambiar el color del plumaje.

Es innecesario mencionar que las primeras plumas, llamadas plumas de nido, carecen de brillo y son reemplazadas en la primera muda por plumas más largas, anchas y de colores más vivos.

Además de este cambio normal y habitual, cabe mencionar este extraño fenómeno que se observa en algunas palomas amarillas o rojizas, las cuales, tras su primera muda, adquieren plumaje blanco o solo moteado de blanco.

También se observan cambios parciales de color en algunos machos claros, grises o rojizos, que presentan finas líneas negras paralelas a la dirección de las bárbulas; tras cada muda, estas líneas oscuras aumentan de longitud y anchura, de modo que, después de cinco o seis mudas sucesivas, estas palomas parecen moteadas de negro.

Más adelante, plumas enteras adquieren este tono, y es probable que con el tiempo se convierta en el color dominante.

Estas líneas negras son un indicador sexual fiable; aparecen en cuanto empiezan a desarrollarse las plumas, por lo que es posible determinar el sexo de la paloma con certeza, incluso antes de que abandone el nido.

Diversos factores pueden dificultar la muda de una paloma, lo cual siempre resulta perjudicial.

Dado que estos factores suelen depender del criador, este debe eliminarlos cuidadosamente.

Las palomas mal alimentadas tendrán una muda defectuosa.

Por lo tanto, si una paloma tiene polluelos mientras su muda ha comenzado, esta se interrumpe bruscamente y solo se reanuda cuando las crías pueden valerse por sí mismas.

Esta interrupción puede incluso durar bastante tiempo, de modo que una paloma con una muda tardía puede no renovar completamente su plumaje si el frío llega pronto.

En primavera, probablemente reanudará la muda que no pudo completar, pero al mismo tiempo pueden caerse la décima y la novena pluma primaria, por lo que la paloma mudará en dos lugares diferentes del ala; en tales condiciones, no está preparada para participar en peleas importantes.

Esta misma irregularidad, una doble muda alar, se observa con frecuencia en palomas nacidas tardíamente, en agosto y septiembre.

Durante el verano del año siguiente, la muda interrumpida se reanuda y comienza una nueva muda.

Ya hemos visto que muchos colombófilos en nuestro país acostumbran privar de alimento a sus palomas desde finales de agosto hasta septiembre y octubre, es decir, durante la época de cosecha.

Este cambio en los hábitos de la paloma no se produce fácilmente y, durante un período más o menos prolongado, sufre de hambre; si el colombófilo revisa su palomar en esta época, pronto notará que la muda se interrumpe hasta que la paloma, acostumbrada a su nueva vida, encuentra un campo que le proporciona alimento suficiente.

Un hecho que respalda esta idea, de que la falta de alimento dificulta la muda, es el siguiente:

Una paloma fue liberada en julio en el sur de Francia; se perdió y no reapareció en el palomar hasta mayo del año siguiente.

Se observó que esta paloma solo había experimentado una muda incompleta; las cinco plumas primarias de vuelo no habían sido reemplazadas.

Esto se explica por la observación de que la paloma, ansiosa por regresar a su palomar, no recibía suficiente alimento o se encontraba varada en una región que no satisfacía sus necesidades.

A veces se observa que, durante la época de muda, la paloma enferma y vuela con dificultad; si su nido está a gran altura, duda en alzar el vuelo para alcanzarlo o busca la manera de llegar sin mucho esfuerzo.

En este caso, el criador debe vigilar atentamente a la paloma e investigar si alguna causa está impidiendo la muda.

De ser así, debe actuar sin demora para inducir la muda: el método más seguro es confinar a la paloma en una caja pequeña, cuyo fondo debe cubrirse con heno ligeramente húmedo. Después de unos días, la muda comenzará sin duda, y la paloma podrá regresar al palomar.

Este método proviene de los criadores de aves que desean forzar la muda.

Se sabe que, a principios de julio, estos aficionados colocan a sus pájaros cantores en la oscuridad y, en la medida de lo posible, en un lugar ligeramente fresco.

Tras unos días, el pájaro deja de cantar y pronto muda su plumaje; para agosto o septiembre, la muda estará completa.

El pájaro se vuelve a sacar al exterior y, como la temperatura aún es cálida, pronto recupera su vigor y comienza a cantar.

El propósito de esta práctica es obtener aves cantoras para atraparlas; de hecho, cuando las aves emprenden sus migraciones periódicas en otoño, son cazadas con ahínco.

Las aves en cautiverio atraen a otras de su especie y, sin que estas lo sepan, las conducen a la trampa preparada.

Si bien es fácil acelerar la muda de un ave y persuadir a una paloma para que la realice, no es tan fácil retrasarla.

Sin embargo, este es un resultado que los observadores expertos han logrado, y un punto crucial para el éxito en las carreras de palomas.

Estas carreras, como todos saben, suelen tener lugar durante el mes de julio; por estas fechas, la paloma ya se encuentra en una etapa bastante avanzada de su muda; generalmente, aún le quedan cuatro plumas de las alas por reemplazar, y a veces solo tres.

En este punto, las coberteras de las alas se caerán, si no han comenzado a hacerlo ya.

Es comprensible que la paloma tenga peores condiciones para la lucha, o al menos se encuentre en condiciones menos favorables, que una cuya muda es posterior, es decir, en la que las coberteras alares están firmes y sus alas aún conservan cinco o seis plumas primarias.

Se ha observado que la paloma sufre más cuanto más cerca del borde exterior del ala se produce la muda, y cuando pierde la última o incluso la penúltima pluma, vuela con dificultad; incluso es probable que no pueda mantenerse en vuelo durante mucho tiempo.

Este es, en cierto modo, un momento crítico, y todos los aficionados saben que es un momento peligroso para la aparición de enfermedades, y en particular la artritis, comúnmente llamada enfermedad de las alas.

En consecuencia, se hicieron esfuerzos para retrasar la muda de la paloma, lo que resultó en una doble ventaja: primero, sus alas se mantienen en buenas condiciones para resistir el viento y permitir el vuelo, y segundo, conserva más vigor, porque a medida que avanza la muda, la paloma pierde su vitalidad.

Pero retrasar la muda requiere un cuidado minucioso y muy diligente; incluso los colombófilos más experimentados nunca lo han logrado por falta de atención y perseverancia.

Lo esencial es evitar que la paloma sienta los efectos de la primavera demasiado pronto.

Algunos colombófilos, debido a malas prácticas de alimentación, tienen palomas que incuban durante todo el año; otros, deseosos de tener nuevas crías o de poseer palomas del año más avanzadas que las de sus competidores, les permiten incubar ya en enero. Inevitablemente, las buenas palomas mensajeras, de las que dependen para el éxito en las competiciones, comienzan a reproducirse demasiado pronto; a finales de junio, su fuerza disminuye y la muda las priva de su capacidad de lucha.

Por lo tanto, es fundamental, en la medida de lo posible, moderar el celo natural de la paloma, retrasando su manifestación prematura.

Ya he indicado que este resultado se logra reduciendo su alimentación, dándoles solo lo estrictamente necesario.

Pero cabe señalar que el objetivo no se alcanzará en el primer año; es necesario continuar con los mismos cuidados durante tres o cuatro años; las palomas se acostumbrarán y dejarán de aparearse durante la estación fría.

Según los colombófilos más experimentados, las palomas pueden competir del 15 al 20 de marzo.

Después de este período, es difícil mantenerlas ocupadas por más tiempo, y se tendría la desagradable experiencia de ver a las hembras poner sus huevos en el suelo del palomar, abandonándolos para que pongan en otro lugar, lo cual es muy desventajoso.

De esta manera, la paloma perderá su primera pluma, es decir, la décima del ala, alrededor de mayo, la novena a principios de junio, la octava alrededor del 20, y así sucesivamente; de modo que, para la época de las carreras importantes, todavía tendrá al menos seis o más plumas en las alas, a veces seis o más.

Este es el resultado deseado.

Está tan bien establecido que, en un palomar, sucede con frecuencia que un macho, al no encontrar una pareja libre de compromisos, permanece necesariamente célibe; sus pasiones, al no poder ser satisfechas, conservan todo su vigor.

No tiene ninguna inclinación a desprenderse de su plumaje de verano ni a comenzar la muda.

Se ha observado que algunas de estas palomas condenadas al celibato solo han perdido una o dos plumas primarias, por lo que, en igualdad de condiciones, se encuentran en las mejores condiciones para participar en las peleas.

Podría objetarse que sería muy fácil tener palomas célibes.

Es cierto, se ha intentado, pero no es tan fácil como se podría pensar: en primer lugar, para las hembras, el experimento sería imposible; parecen más ardientes que los machos y menos capaces de prescindir de su compañía; si no encuentran lo que desean en el palomar, existe un gran peligro de que se vayan al vecindario y lo abandonen por completo.

En cuanto a los machos, están más apegados a su hogar, y un aficionado puede mantener fácilmente cinco o seis machos sin pareja sin temor a perderlos.

Por otro lado, quien posee una buena paloma desea perpetuar la especie y, por consiguiente, debe buscarle una pareja.

Lo mejor es seguir la regla establecida; pero hay que tener en cuenta que el resultado deseado solo se logrará tras varios años de cuidados constantes.

SOBRE EL ORIGEN DE LAS SOCIEDADES DE CRIADORES DE PALOMAS

La domesticación de la paloma se remonta a la antigüedad.

Existen pruebas de ello entre los egipcios, los hebreos y los griegos, y es probable que la paloma, por su naturaleza dócil y sociable, fuera una de las primeras conquistas de la humanidad.

Entre los hebreos, la ley exigía el sacrificio de palomas; se ofrecían diariamente en el Templo de Jerusalén.

La ley no habría podido prescribir estas ofrendas si las palomas no hubieran estado ya fácilmente disponibles y fueran objeto de un comercio importante.

Los poetas e historiadores griegos mencionaban con frecuencia a la paloma; para ellos, era el emblema de la gentileza y la constancia.

Su apego a su lugar de origen era bien conocido y le había granjeado la reputación de ser la mensajera más fiel y veloz.

Tras la conquista de Grecia, los romanos se toparon con una civilización más avanzada que la suya, con gustos más refinados, y, como suele ocurrir en tales circunstancias, los vencedores adoptaron en gran medida las costumbres de los vencidos; entre otras cosas, pronto adquirieron afición por las palomas.

Estas palomas pronto se pusieron tan de moda que se vendían a precios exorbitantes; no era raro ver una sola pareja de palomas venderse por trescientos o cuatrocientos francos, e incluso hasta ochocientos; los inmensos palomares construidos para ellas costaban sumas fabulosas y podían albergar hasta cinco mil palomas.

Además, esta moda no sorprende si se considera lo que sucede hoy en Inglaterra, donde el valor de las palomas de raza pura no es en absoluto inferior al que alcanzaron entre los romanos.

Desde aquellos tiempos remotos hasta el presente siglo, los aficionados a las palomas no han buscado otra cosa que coleccionar estas admirables variedades de forma y plumaje, que han llegado a conocerse como palomas de aviario.

Ninguna otra especie entre los seres vivos ofrece tantas fuentes de disfrute como la paloma; los cuidados que requiere son tan mínimos que se convierten en un placer, no en una carga; se reproduce con suma facilidad, y la cautividad parece sentarle tan bien que se reproduce con mayor abundancia que en estado salvaje; gracias a la intervención humana, ha producido una incomparable variedad de formas y colores, cada uno más admirable que el anterior; finalmente, estas numerosas razas se reproducen fácilmente entre sí, brindando así al propietario el placer de lo inesperado.

Además de estas ventajas, cuya lista podría ampliarse, la paloma presenta en realidad pocas desventajas; son menores y nunca pueden ser motivo de arrepentimiento.

A estas prerrogativas, debemos añadir la lealtad inquebrantable de la paloma a los lugares donde anidó por primera vez; esta valiosa cualidad se ha convertido en una nueva fuente de disfrute para los aficionados y constituye el punto de partida de las pacíficas rivalidades que se han desarrollado entre ellos.

Fue a principios de este siglo cuando debieron tener lugar las primeras reuniones de aficionados a las palomas mensajeras.

Sin embargo, aunque apenas han transcurrido unos pocos años desde la primera mitad de este siglo, resulta bastante difícil saber con exactitud dónde y cómo se fundó la primera sociedad.

La información más fiable que he podido recabar sobre este tema data de 1818.

Antes de esta fecha, se conocía el apego de la paloma a su palomar, ya que su lealtad se ha observado desde la antigüedad; este apego ya se había puesto a prueba en algunos viajes cortos; sin embargo, fue en 1818 cuando tuvo lugar el primer intento de cierta importancia.

Aficionados a las palomas mensajeras de Hervé se reunieron y enviaron palomas a Fráncfort del Meno; lo sé por la misma persona encargada de acompañar a los viajeros.

Casi al mismo tiempo, se fundó una sociedad en el barrio de Amercœur, en Lieja, donde los aficionados se reunían para enviar sus palomas a lugares lejanos y otorgar premios a las primeras en llegar.

Un testigo presencial, el Sr. G. Devaux, de Verviers, me relató lo siguiente: Durante el verano de 1820, una paloma perteneciente a uno de los miembros regresó de París y ganó el primer premio.

Esto pareció tan asombroso que la paloma, llevada en una cesta, fue paseada triunfalmente por toda la ciudad.

La precedían dos violinistas, que celebraban su victoria, y la seguían dos pequeños cañones cuyos disparos, a la entrada de cada calle, anunciaban el paso del vencedor.

Durante esos mismos años, colombófilos de Hervé y Verviers entrenaban a sus palomas; realizaron varios viajes, cuyos detalles exactos se han perdido, a las ciudades de Amberes, Gante y Givet.

Los colombófilos de Hervé fueron los primeros en intentar la ruta de París, y en 1823 sus competidores de Verviers enviaron sus palomas a Londres.

Se conocen los nombres de los colombófilos que obtuvieron el primer y segundo premio; por casualidad, descubrí el retrato de la paloma que quedó en tercer lugar con la fecha auténtica de la competición.

Animados por estos éxitos, los colombófilos de Verviers decidieron emprender un viaje que superara cualquier otro realizado hasta entonces y eligieron Lyon como destino de la competición.

Parece que el éxito fue rotundo y causó gran sensación; colombófilos de Lieja viajaron a Verviers únicamente para presenciar a estos intrépidos viajeros y comprobar por sí mismos que la ruta anunciada se había completado.

Aún hoy, en casa de un aficionado, se pueden ver retratos de cuatro de estas palomas de Lyon; son cuatro hembras de la raza más pura y hermosa del país, con un plumaje negro brillante y drapeado, picos y gargantas pequeños.

Tuve la oportunidad de ver otro recuerdo de aquellos primeros intentos: una copa con grabados dorados que lleva la inscripción "Concurso de Angers" y la fecha de 1826.

La reputación de las palomas de la provincia se extendió por todas partes, y los aficionados de Amberes enviaron a uno de los suyos ya en 1824 para adquirir ejemplares de esta distinguida raza.

Además, las conocían desde hacía varios años; los responsables del transporte de nuestras palomas a Amberes para su liberación solían detenerse un día para que los viajeros descansaran.

Su llegada al letrero de la Granada pronto fue noticia entre los aficionados, que acudieron en masa a ver las palomas de la región de Franchimont.

No pretendo insinuar que los habitantes de Amberes no poseyeran ya buenas palomas mensajeras, ni que no hubieran fundado sociedades o, al menos, reuniones de aficionados en aquella época.

Al contrario, me parece más plausible que ya las hubieran utilizado para carreras, pero que, quizás menos audaces que los colombófilos de Verviers y Hervé, no se hubieran atrevido a realizar pruebas tan decisivas; o quizás, movidos por una inclinación humana innata,

deseaban poseer lo que no tenían en casa y habían centrado su atención en una raza cuya reputación, que se extendía de boca en boca, había realzado su prestigio.

En cualquier caso, alrededor de 1828, las palomas mensajeras adquirieron de repente una extraordinaria popularidad en Amberes: no precisamente por placer, sino para saciar la sed de oro que entonces embargaba a los especuladores.

No hay mejor manera de describir esta época que citando una página de la perspicaz investigación que el lúcido Félix Bogaerts dedicó a la historia civil y religiosa de la paloma. Fue en 1828, como es bien sabido, cuando las fluctuaciones de los fondos españoles, explotadas por especuladores astutos y descarados, dieron lugar a una fatal y frenética esperanza de enriquecerse de la noche a la mañana.

La furia con la que se alimentó esta fiebre desenfrenada reavivó el episodio de los desafortunados habitantes de Misisipi, estafados por la infame Ley.

Todos se halagaban pensando que un día despertarían tan ricos como los Rothschild, como mínimo.

Para lograrlo, la condición principal, de hecho la única, era conocer, antes que todos los demás adoradores del Becerro de Oro, las fluctuaciones que estos fondos experimentaban en cada momento en las principales ciudades europeas, especialmente en París.

Es comprensible que, mientras un individuo afortunado fuera el único poseedor de este secreto, pudiera explotar con facilidad y eficacia los temores o las esperanzas de las víctimas crédulas, a quienes las noticias sobre los repentinos cambios en el valor convencional de estos traicioneros títulos llegarían varias horas después, a través del servicio postal ordinario.

Para obtener esta valiosa ventaja, varios especuladores recurrieron a palomas; diariamente, los enviaban a Bruselas, Londres y París.

Y así fue como nuestra paloma adquirió de repente una importancia extraordinaria, que nuestros colombófilos explotaron hábilmente vendiendo o alquilando sus palomas a precios muy elevados.

Además, no resultará sorprendente que carezcamos de información concreta sobre las primeras sociedades de colombófilos, una vez que sepamos cómo se llevaban a cabo inicialmente.

Por ejemplo, en Verviers, donde los aficionados viajaban con palomas mucho antes de 1818, no existía una sociedad formal, en sentido estricto; los colombófilos pasaban las tardes juntos, hablando de palomas y viajes.

Cuando alguno tenía la oportunidad de enviar palomas a una ciudad extranjera, informaba a sus amigos, quienes, con frecuencia, incluían a algunos de sus propios viajeros en la expedición.

El comercio textil se realizaba de forma diferente en aquella época que en la actualidad: muchos fabricantes enviaban sus productos a pueblos de todo el país, a ferias en Alemania, y especialmente a Fráncfort; a menudo los transportaban ellos mismos, y en varias ocasiones estas ferias se utilizaban para enviar palomas a largas distancias.

La competición era puramente por honor; no se otorgaban premios a las primeras palomas en llegar, y curiosamente, era costumbre que el dueño de la paloma que regresaba primero a la feria recibiera el premio.

El palomar se consideraba el presidente de las reuniones durante todo el año.

Muchos aficionados hoy en día han olvidado o desconocían la primitiva forma en que se transportaban las palomas, y, con toda probabilidad, este recuerdo pronto se habría desvanecido en el olvido de no ser por una persona muy anciana que lo revivió.

Cuando se trataba de enviar palomas a una ciudad vecina, como Maastricht, Spa o Aquisgrán (en aquella época, pocos se atrevían a ir más lejos), los colombófilos de Verviers o Hervé juntaban su dinero, alquilaban un carro, un caballo y un conductor.

En el carro se colocaban aros formando un arco, y todo se cubría con una lona bien sellada. Para la comodidad de las viajeras aladas, se instalaban perchas en el interior, y se colocaba un bebedero y semillas selectas al alcance de la mano para aliviar las molestias del viaje.

Al llegar a destino, el conductor levantaba la lona y las palomas alzaban el vuelo.

Este método de transporte era bastante agradable, y sin duda, si nuestras palomas tuvieran derecho a presentar peticiones, exigirían ser tratadas como lo fueron sus antepasados.

El carro fue reemplazado por la cesta.

Esta cesta, de tamaño considerable, estaba dividida verticalmente en cuatro o cinco compartimentos, cada uno con capacidad para seis a diez palomas.

En los primeros vuelos de entrenamiento, que se realizaban en distancias cortas, a veces había hasta doscientas palomas; esto requería el uso de cuatro cestas y cuatro porteadores, ya que la carga de un solo hombre era más que suficiente con cincuenta palomas; sería demasiado pesado si tuviera que tardar varios días en llegar a su destino.

Cuando los vuelos se hicieron más largos, el número de palomas disminuyó rápidamente, y un solo porteador bastaba para la carrera.

Por lo general, partía con treinta o treinta y cinco competidores, recorriendo un promedio de ocho o diez leguas por día, cuando los caminos estaban en buenas condiciones.

Así, para viajes relativamente cortos, las pobres aves eran maltratadas durante quince días y esperaban ansiosamente su liberación.

De estas reuniones completamente informales, pronto surgieron sociedades.

El número de aficionados creció rápidamente, y los costos de equipo y de los anuncios de las competiciones aumentaron considerablemente.

Se reconoció la necesidad de que todos contribuyeran a los gastos generales.

Se discutieron y se impusieron reglamentos a todos los miembros.

Se utilizó una cuota anual para cubrir los costos del equipo, y el excedente se destinó a la creación de premios para las palomas más rápidas.

Los aficionados ya no necesitaban esperar ocasiones especiales para enviar sus palomas lejos; podían elegir cualquier ciudad como destino de la carrera.

Al mismo tiempo, un hombre pagado por la Sociedad era responsable del transporte de las palomas, de su cuidado durante el trayecto y de su liberación en un día fijo en la ciudad asignada como destino.

Los certificados emitidos por las autoridades locales atestiguaban que había cumplido fielmente con su deber.

SOCIEDADES COLOMBÓFILAS ACTUALES

La construcción de ferrocarriles impulsó extraordinariamente las carreras de palomas mensajeras.

El número de sociedades aumentó significativamente y, hoy en día, en algunas provincias, prácticamente no hay pueblo que no tenga la suya.

Cada sociedad tiene sus propios estatutos y está gobernada por un comité administrativo que desarrolla los programas de competición y establece el presupuesto anual.

Desde aquellos primeros tiempos, cuando las palomas se transportaban a la espalda en una cesta dividida en compartimentos, se han realizado grandes mejoras.

Se prestaba la máxima atención a la construcción de las casetas o cestas en las que se transportaban las palomas.

Las cestas suelen medir 1,4 metros de largo, 1 metro de ancho y entre 25 y 35 centímetros de alto.

Una abertura de 30 a 35 centímetros de largo, cerrada por una mampara corredera, se ubica en el centro de uno de los lados largos.

El fondo de la caseta está cubierto con una lona gruesa de tejido suelto.

Estas casetas están hechas de sauce resistente, sin corteza y con espacios entre sí de 3 o 4 centímetros.

De esta forma, quedan lo suficientemente separadas como para que la paloma pueda meter la cabeza cuando quiera beber, y lo suficientemente cerca como para impedir que un ladrón robe alguna paloma.

Antes de introducir a las palomas, el fondo se recubre con una fina capa de corteza de sauce perfectamente seca; a veces se sustituye por paja picada o simplemente paja colocada longitudinalmente.

Esta última opción no cumple su función, ya que los excrementos de las palomas se secan con dificultad y las palomas se ensucian rápidamente.

Por otro lado, la paja picada es demasiado ligera; al menor movimiento de la cesta, se acumula en una esquina, dejando el resto sin lecho.

La corteza de sauce es mucho mejor; se adhiere a la lona del fondo, y su polvo se pega a los excrementos y absorbe su humedad.

En otras provincias, las cajas nido se fabrican según un modelo diferente: no son caladas; las ramas de sauce se colocan firmemente juntas, dejando solo unas pocas aberturas cuadradas en un lado para que la paloma pueda beber de un bebedero oblongo sujeto por una cubierta de sauce.

Estas cajas tienen la gran ventaja de estar perfectamente cerradas, lo que impide la sustracción fraudulenta de las palomas y las protege de gatos y otros carnívoros, pero son bastante pesadas y su transporte es más caro.

La diferencia en la construcción de las cestas se justifica, en cierto modo, por las distintas formas en que se transportan las palomas.

En la provincia de Lieja, las palomas que realizan viajes largos siempre van acompañadas por una persona de confianza, responsable de vigilarlas durante el trayecto y proporcionarles comida y agua.

En otras provincias, las cajas que contienen a las palomas mensajeras se dirigen al jefe de estación o al alcalde de la localidad de destino; un cartel en estas cajas solicita a los empleados del ferrocarril que, por favor, proporcionen agua a las palomas durante las

paradas y distribuyan unos puñados de las semillas contenidas en una bolsa colocada sobre una de las cestas.

El gasto del transportista de palomas es considerable:

Primero, debe pagar su salario diario y sus gastos, que ascienden a 7 francos al día; luego, debe reembolsarle el billete de tren a la salida y a la vuelta; Finalmente, recibe bonificaciones de la Sociedad en función del valor de los premios en juego, y todos estos gastos combinados ascienden a un promedio de seiscientos a setecientos francos por temporada; es decir, aproximadamente de 12 a 15 francos por paloma para una reunión de cincuenta colombófilos.

Estos importantes gastos se evitan en el segundo sistema, el de las provincias de Flandes y Brabante.

Además, el transporte de las palomas es más rápido porque se pueden enviar en trenes más directos, mientras que aquí, generalmente se requieren trenes mixtos para ahorrar en el viaje del transportista y el costo de sus cestas.

Otra ventaja es que dos o tres colombófilos pueden, cuando les convenga, unirse para enviar sus palomas en un viaje adicional; si tuvieran que usar un transportista, sería más difícil de organizar y los costos serían demasiado altos.

Así, por un lado, economía y rapidez, y por otro, garantías de todo tipo en el transporte, en el cuidado de las palomas y en el momento de la liberación.

Ambos sistemas han sido probados, se han sopesado las ventajas y desventajas de cada uno, la cuestión parece clara y la balanza, al menos en nuestros países, parece inclinarse a favor del transporte.

Cuando las palomas se envían al jefe de estación, es muy raro que se liberen a la hora deseada; un retraso de varias horas frustra al aficionado que espera, y la alegría anticipada se convierte en frustración.

Las cestas que contienen a las palomas viajeras permanecen abandonadas en las estaciones; si llueve, las palomas se mojan, el estiércol que cubre el fondo de las jaulas se disuelve, opacando su plumaje y, a veces, pegándoles las alas hasta tal punto que la mitad de las palomas no pueden realizar ningún viaje.

Algunos domingos durante la temporada alta, sucede que entre trescientas y cuatrocientas cestas tienen que detenerse en la misma estación; este trabajo extra pone de mal humor a los empleados, la descarga se realiza con impaciencia, las cestas se sacuden, si se caen, se quedan allí, y las pobres palomas son amontonadas en un rincón, unas encima de otras.

Esto no es el menor de los inconvenientes del hacinamiento; entre ellas, algunas cestas tienen un destino más lejano; pasan desapercibidas y se descargan con las demás.

¿Acaso no hemos visto incluso ejemplos de cestas de palomas completamente perdidas y extraviadas?

El propietario bien podría quejarse, pero las reclamaciones se transfieren de una autoridad a otra.

La calculada lentitud de los trámites administrativos lo desanima; prefiere asumir la pérdida antes que intentar una restitución plagada de dificultades.

No, el gasto incurrido por el transportista no será en vano, mientras el transporte ferroviario siga siendo inseguro.

Pero lo sorprendente es que un transportista, un transitario, aún no haya organizado un servicio regular para palomas mensajeras; el asunto es bastante importante en sí mismo y no sería muy difícil.

Casi todas las sociedades siguen los mismos métodos de entrenamiento, o los adoptarían teniendo en cuenta la organización que estamos describiendo; el transitario, por ejemplo, tendría corresponsales en Maubeuge, Saint-Quentin, Compiègne, París, etc.

Enviaría, ya en primavera, a cada una de las trescientas sociedades del reino el nombre y la dirección de su corresponsal en Maubeuge, su corresponsal en Saint-Quentin, y así sucesivamente.

Cada sociedad planificaría entonces su itinerario de viaje y, el día anterior al envío de palomas, informaría a su corresponsal que enviaría un número determinado de cestas desde tal y cual ciudad, en tal y cual tren.

Se esperaría la llegada de estas palomas, se depositarían en un lugar adecuado, se las cuidaría bien y se liberarían a la hora convenida.

Si una cesta se extraviara, el corresponsal avisaría inmediatamente a la sociedad naviera, y el agente responsable se apresuraría a tomar las medidas necesarias para recuperarla.

Para las ciudades más lejanas del sur de Francia, habría un corresponsal en Burdeos, que serviría de centro de distribución.

Este corresponsal, al recibir las palomas, les proporcionaría los cuidados necesarios y luego las enviaría, acompañadas por un transportista, a la ciudad designada, ya fuera Montauban, Toulouse o Bayona.

Si las sociedades llegan a un acuerdo, se puede organizar un servicio; en esto, como en muchas otras cosas, la unión hace la fuerza.

SOBRE EL ENTRENAMIENTO DE PALOMAS

Cuando, durante los meses más cálidos, se crían algunas palomas jóvenes para cubrir las ausencias que puedan producirse en el palomar debido a enfermedades o malos resultados, es recomendable comenzar su entrenamiento inicial con algunos vuelos de prueba.

Aunque una paloma parezca bien formada, puede presentar algún defecto inherente que la incapacite para cumplir su propósito.

La observación puede revelar si las alas de una paloma joven son fuertes y están bien formadas, pero no nos dirá si su vista es adecuada o si sus instintos están bien desarrollados; las primeras pruebas a las que se somete nos darán plena satisfacción al respecto.

Una paloma de dos o tres meses, contados desde el momento en que puede valerse por sí misma, ya puede realizar algunos viajes; pero es preferible esperar hasta que tenga cinco o seis meses, y generalmente son las jóvenes nacidas en marzo, abril y mayo las que se someten a estas pruebas.

Se realizan a finales de agosto o durante septiembre.

Se comienza con un viaje de dos a tres leguas; el segundo, emprendido tres o cuatro días después, será del doble de distancia; de esta manera, se puede alcanzar una distancia de cincuenta a sesenta leguas en cinco o seis etapas.

La prueba es suficiente.

Las palomas que no pudieron completar el viaje se quedaron atrás; las mejor preparadas demostraron su velocidad y excelencia.

Un rezagado, que siempre se queda atrás en cada carrera, incluso en buenas condiciones, no debería conservarse.

Es posible que mejore; a veces una paloma pasa desapercibida durante varios años y luego, de repente, logra varios éxitos.

Se habla mucho de estas excepciones, pero, por lo general, es mejor hacer la selección después de estas pruebas.

Una paloma excepcional demuestra su excelencia tanto en su juventud como en su madurez. Al conservar palomas tan comunes, se carece de puntos de comparación y no se contribuye a la mejora de la raza.

En algunas zonas, las palomas jóvenes se entrenan mucho más intensamente: a partir de julio, comienzan las carreras; su importancia aumenta gradualmente, hasta que las palomas se ven obligadas a volar distancias de cien a ciento veinticinco leguas.

Es innegable que este método, al multiplicar las carreras, aumenta el placer,

pero que la raza mejore como resultado es muy cuestionable.

Una paloma solo alcanza su plena madurez a los tres años.

Si se somete a un trabajo demasiado extenuante en su juventud, se agota fácilmente; a los cuatro o cinco años, cuando debería poseer toda su fuerza y vigor, comienza a decaer.

Una carrera de media distancia la agota, y si no se mantiene en el rastro, apenas puede seguir el ritmo de las rezagadas.

Prefiero con mucho el sistema de ciertos colombófilos que, durante el primer año, someten a sus palomas jóvenes a unas pocas pruebas insignificantes, las dejan entrenar y desarrollarse durante el segundo año; solo en el tercero las envían a un viaje de ciento cincuenta leguas.

Su palomar entonces alberga competidores fuertes que pueden participar con éxito en carreras de larga distancia.

Si bien las prácticas de entrenamiento para palomas jóvenes varían entre las asociaciones de colombófilos, no se puede decir lo mismo de las aves adultas, es decir, las palomas de cuatro o cinco años o más destinadas a la competición.

Generalmente se acepta que estas aves adultas, después de tres o cuatro etapas de entrenamiento progresivas, deben viajar a París antes de emprender viajes más largos.

Sin embargo, esta regla tiene sus excepciones, y algunos colombófilos experimentados han eliminado el viaje a París de su entrenamiento.

Cuando el clima es favorable, este viaje resulta muy sencillo para las palomas, pero si el viento sopla en contra o las circunstancias son desfavorables, las cansa considerablemente y puede ser perjudicial el día de la carrera, cuando cada ave debe estar en su máximo potencial físico e instintivo.

Esta consideración nos lleva a examinar las condiciones que debe tener una paloma para participar en competiciones.

Ya vimos en un capítulo anterior las reglas para retrasar la muda; mencionamos que, dado que las principales competiciones se celebran en la segunda quincena de julio, es deseable que la muda se produzca lo más tarde posible.

De hecho, en esta época del año se suelen ver muchas palomas con solo tres o cuatro plumas primarias de vuelo por desprender; esta situación es desafortunada por dos razones: primero, la ausencia de una pluma de vuelo grande es más perjudicial que la de una pequeña, ya que las plumas de vuelo aumentan de longitud de la interna a la externa, de modo que la segunda es más importante que la tercera, y así sucesivamente; segundo, cuando la paloma llega al punto de la muda en el que solo le quedan tres o cuatro plumas de vuelo, está a punto de perder las plumas escapulares y las coberteras alares.

El desprendimiento de estas plumas de vuelo suele ser rápido.

Puede acelerarse aún más por el confinamiento temporal de la paloma en los palomares, de modo que cuando llegue el momento de la liberación, se encontrará sin un instrumento de vuelo importante. La suerte puede traer la victoria a las palomas cuya muda está bastante avanzada, pero estas son excepciones y serán aún más raras cuanto más arduo sea el viaje.

Una paloma que comienza su muda y ha perdido solo tres o cuatro plumas primarias tiene un ala sin huecos y está en las mejores condiciones posibles.

Los buenos observadores lo saben perfectamente y ajustan su comportamiento en consecuencia.

La mayoría de los colombófilos tienen más confianza en las palomas macho que en las hembras para las carreras; los primeros suelen constituir tres cuartas partes de un transporte; no porque las segundas sean menos fieles o menos rápidas que los machos, sino porque con menos frecuencia se encuentran en condiciones favorables.

Por ejemplo, se sabe que en los días previos a la puesta de huevos, o incluso en los dos o tres días posteriores, es peligroso usar una hembra en el nido.

Si pone dos huevos en los nidos durante el transporte, su debilidad le causará la muerte o, al menos, le impedirá competir por la velocidad.

De igual manera, dado que la hembra incuba mucho más que el macho, percibe antes los movimientos del polluelo en el huevo, intuye que la eclosión se acerca y se prepara en consecuencia.

Las glándulas mucosas de su buche se inflaman y secretan la papilla con la que alimentará a sus crías durante los primeros días después de la eclosión.

Si, en ese momento, se la separa de estos cuidados maternos y se la confina de ocho a diez días en una cesta, enfermará, dejará de comer y, con toda probabilidad, no podrá regresar a su palomar.

Esta última circunstancia también es desfavorable para el macho, ya que regurgita esta misma papilla a sus crías y, al igual que su pareja, puede transmitir la lepra.

También hay que tener cuidado de que las palomas en las que se depositan esperanzas no se agoten criando demasiados polluelos.

Por regla general, solo se debe dejar una cría con los padres que realizarán viajes de larga distancia.

Por lo tanto, durante los dos o tres días anteriores o posteriores a la puesta de huevos o la eclosión de las crías, la hembra no debe estar expuesta; el macho no debe estar expuesto durante los tres o cuatro días posteriores a la eclosión.

En gran medida, depende del criador evitar estas circunstancias desfavorables; dado que la fecha de partida se conoce con suficiente antelación, puede, retirando algunos pichones,

adelantar la puesta de una nueva nidada o, uno o dos días antes de la eclosión, introducir un pichón de tres o cuatro días en el nido para que los padres puedan limpiar el buche.

Además de los periodos mencionados, que todo criador debe tener siempre presentes, se ha debatido mucho sobre si es preferible inscribir una paloma cuando está incubando o cuando tiene crías de al menos ocho días.

Si existe alguna diferencia, no es significativa, y las razones a favor o en contra no parecen concluyentes.

Finalmente, llega el gran día: el objetivo es recoger las palomas destinadas a las carreras y entregarlas a la sociedad de competición, donde se marcarán para confirmar su participación definitiva.

Esta operación de sacar palomas de un palomar cerrado parece bastante sencilla, y la mayoría de la gente no se imaginaría que pudiera ser objeto de debate.

Ya he mencionado este método, que consiste en atrapar palomas en vuelo con una red; nuestros palomares son demasiado pequeños para usar este instrumento, e incluso si fueran más grandes, dudo mucho que se adoptara.

Por regla general, se obtienen mejores resultados con los animales mediante la gentileza que con la brutalidad, y las palomas no son una excepción.

Cuando un criador las cuida personalmente, cuando tiene cuidado de no asustarlas con movimientos bruscos o apresurados, las palomas lo reconocen y se dejan atrapar con suma facilidad.

Se acostumbran a todo; vimos al perro del dueño entrar en el palomar sin que

una sola paloma mostrara la menor preocupación.

Es más, este perro se acercó a olfatear a las gallinas que estaban incubando, y lejos de asustarse, le dieron al visitante indeseado un aleteo.

Pero no todos los colombófilos tienen la habilidad o el tiempo para domesticar a sus aves hasta este punto.

Algunos, para capturarlas fácilmente, han ideado una forma de dividir su palomar con una partición móvil; introducen a sus palomas en el estrecho espacio delimitado por esta partición, y en pocos minutos hacen la selección.

Otros cierran las ventanas de su palomar, creando tal oscuridad que las palomas permanecen inmóviles.

Así es posible capturarlas sin riesgo de arrancarles plumas ni siquiera molestarlas.

Nunca se puede ser demasiado cuidadoso en esta operación, ya que romper una o dos plumas de vuelo importantes es suficiente para que una paloma quede incapacitada para competir.

Cuando las palomas competidoras están confinadas en un palomar, es buena idea inspeccionarlas y comprobar el estado de sus alas.

También hay que prestar atención a sus patas para eliminar cualquier excremento endurecido que pueda estar adherido a ellas.

Las patas, y especialmente las grandes patas de las palomas mestizas, a veces acumulan estiércol que se endurece hasta el punto de que el ave, en el palomar, hace el mismo ruido que un campesino con zuecos pesados sobre un suelo encerado.

Es comprensible que este exceso de peso pueda dificultar el vuelo de un competidor, por lo que los aficionados atentos pasan un dedo empapado en aceite por la parte inferior de la pata para evitar que el excremento se adhiera.

Y así, nuestras palomas entran, listas para la lucha.

VUELOS DE LARGA DISTANCIA

Un hecho verdaderamente digno de atención es el grado de desarrollo instintivo e intelectual que ha alcanzado la paloma mensajera.

Hace cuarenta años, cuando cubría la ruta entre París y Londres, era llevada en procesión triunfal, su dueño recibía serenatas, su fama se extendió por doquier y el ave era objeto de admiración general.

Hoy en día, se oye hablar menos de la paloma que, liberada por la mañana en suelo español, cruza toda Francia a toda velocidad y llega por la tarde a suelo belga, donde regresa a su nido.

Sin embargo, estos sorprendentes resultados no deben atribuirse únicamente a la mejora de la raza.

Este extraordinario instinto y las modificaciones que ha experimentado son actualmente objeto de mi investigación; si tiene éxito, publicaré los resultados.

Las mejoras introducidas en el método de transporte contribuyen significativamente a ello.

Así, antiguamente, las palomas confinadas en jaulas estrechas eran transportadas a cuestas y sufrían dolorosos baches durante quince días, mientras que hoy en día, el ritmo constante y fluido de un convoy las transporta a su lejano destino en dos viajes de veinticuatro horas.

Algunos aficionados, para explicar el extraordinario instinto de la paloma, han afirmado que siempre se dirige al norte, que su instinto no difiere del de las aves migratorias, que, en sus viajes periódicos, siguen una dirección similar.

Es cierto que la paloma, en estado salvaje, posee este instinto, que, en otoño, la impulsa a abandonar los países templados en busca de climas más cálidos, de los que parte la primavera siguiente para reaparecer en los lugares donde nació; este instinto, con el tiempo, ha desaparecido bajo la influencia de la domesticación.

Nuestras palomas jamás muestran la más mínima tendencia a abandonar su palomar en otoño.

No experimentan la inquietud que se observa en el ruiseñor, privado de su libertad durante varios años, que, cuando sus congéneres más afortunados abandonan nuestros bosques, se ve presa de una intensa ansiedad.

El instinto de la paloma no puede equipararse al de las aves migratorias; son dos fuerzas, o dos facultades, igualmente admirables, pero de naturaleza diferente.

La paloma sabe regresar a su palomar no solo dirigiendo su vuelo de sur a norte, sino también desde cualquier dirección posible; esto se ha demostrado: las ciudades de Milán y Roma fueron elegidas para competiciones; en dirección completamente opuesta, las ciudades inglesas de Liverpool, Birmingham y Hull destacaron; incluso se liberaron palomas en Dresde, Sajonia.

Si hoy en día se prefiere la ruta del sur, y especialmente la de Burdeos, es gracias a la facilidad y rapidez del transporte marítimo; incluso podríamos añadir que las palomas regresan mejor desde Burdeos y Bayona que desde cualquier otro lugar.

Esto no se debe a la ubicación meridional de estas ciudades, sino a otras causas fáciles de comprender.

De estas causas, una se relaciona con la dirección del viento y las demás con la configuración del terreno.

En nuestra región y a lo largo de toda la costa francesa, los vientos más frecuentes son del oeste, ya sea del noroeste o del suroeste.

Estos vientos son sumamente favorables para el vuelo de las aves.

El éxito de los viajes cuando estos vientos predominan depende no solo de que las aves viajeras se vean favorecidas por su dirección, sino también de que estos vientos están impregnados de cierta humedad y transportan nubes que, sin producir oscuridad, atenúan el brillo del sol.

Por lo tanto, es razonable pensar que las palomas liberadas hacia el norte regresarán con mayor facilidad con un viento moderado del sur que con un fuerte viento del norte, que aparentemente las traería de vuelta al palomar.

Esta opinión se confirma por el hecho de que las aves, al abandonar nuestras tierras y dirigirse al sur, eligen los vientos que se oponen a su vuelo; mientras que, cuando soplan vientos del norte, se refugian en los bosques o en los campos.

Así pues, los vientos del oeste, los más frecuentes, son doblemente útiles para nuestras aves viajeras, tanto por su dirección como por su calidad.

Al observar un mapa de Francia, se aprecia fácilmente que desde Bayona hasta la frontera belga se extiende una vasta llanura, apenas interrumpida por las bajas montañas de Poitou y Normandía.

Parece muy probable que la paloma, incluso a la altitud a la que mantiene su vuelo, evite cruzar montañas o pasar cerca de ellas; cuando se vislumbran ante ella, se desvía a la derecha o a la izquierda de la dirección elegida; esta desviación puede extraviarla; incluso puede dar la vuelta si la experiencia le ha enseñado que los bosques y afloramientos rocosos de las montañas son el hábitat habitual de las aves rapaces.

Además, las pruebas realizadas confirman esta opinión; todos los aficionados reconocen que los vuelos desde Perpiñán, Marsella y Toulon dan peores resultados que los de las ciudades occidentales.

Un hecho lo demuestra claramente: dos carreras extraordinarias se celebraron el mismo día, una en San Sebastián, España, organizada por la Société de la Concorde de Lieja.

La otra, en Perpiñán, fue organizada por la Société du Saint-Esprit de Verviers.

El 7 de agosto de 1862, las palomas fueron liberadas casi simultáneamente, algunas en San Sebastián y otras en Perpiñán.

Ese mismo día, una paloma de San Sebastián regresó a su palomar, y su llegada fue certificada por la Société de la Concorde; al día siguiente, 8 de agosto, quince participantes ganaron todos los premios.

A este resultado tan notable, que analizaremos más adelante, comparemos el de la carrera de Perpiñán.

Aunque la distancia a esta última ciudad era inferior a veinte leguas, la primera paloma llegó recién el 8 de agosto a las 8:00 a. m., y no fue hasta el día 14 que llegaron entre quince y dieciséis palomas.

En ambas carreras, los participantes tenían la misma fuerza, y nadie lo dudaría; solo que su número era un tercio mayor en la carrera de San Sebastián.

Pero incluso ajustando las proporciones, la sociedad de Lieja sigue teniendo una ventaja significativa.

La explicación de esta diferencia no ofrece otra solución posible que la geografía: por un lado, una inmensa llanura que se extiende desde la frontera española hasta territorio belga; por otro, una ruta plagada de dificultades debido a la presencia de las Montañas Negras, la Epinosa y los altos picos de Auvernia.

Desde otra perspectiva, la configuración del país aún puede contribuir al éxito de los viajes que parten de ciudades del suroeste de Francia.

Cuando se sueltan las palomas, suelen remontar el vuelo muy alto y, en bandada compacta, describen amplios círculos, como si quisieran reconocer cada punto del horizonte; a veces, una paloma enferma o una hembra agotada por la puesta de huevos abandona la bandada y regresa al punto de partida para posarse en alguna vivienda.

Un viejo transportista me contó que había presenciado lo siguiente en varias ocasiones: durante el transporte, se separa a los machos de las hembras para evitar la mezcla de razas; si, durante el proceso de anidación, un macho persigue con fervor a su hembra y la reconoce en la bandada al ser liberadas, la ataca sin piedad y la obliga a posarse en algún tejado; los placeres del amor les hacen olvidar el palomar, y sus compañeras de viaje ya han desaparecido mucho antes de que se den cuenta de que están en tierras extranjeras.

Pero dejemos a estos amantes y volvamos a la bandada más fiel que explora cada punto del horizonte. Tras dar unas cuantas vueltas, la bandada se dispersa: algunas palomas se dirigen a la derecha, otras a la izquierda, y en pocos instantes desaparecen de la vista.

A veces, un pequeño grupo, después de media hora, a veces una hora, reaparece y sobrevuela el lugar donde fueron liberadas; son palomas que se han dado cuenta de que iban por el camino equivocado y regresan para reconocerse y encontrar la ruta correcta.

Cuando se liberan palomas viajeras en alguna ciudad del sur de Francia, como Mont-de-Marsan, La Réole, etc., y alcanzan esa altura inconmensurable desde la que parecen tan grandes como alondras, el océano debe desplegarse ante sus agudos ojos en toda su inmensidad.

Parece indudable que ninguna intentará aventurarse mar adentro.

Por consiguiente, las probabilidades de extraviarse son menores en estas ciudades occidentales que, por ejemplo, para una paloma liberada en Marsella.

Desde ese punto de partida, incluso dirigiéndose al norte, puede desviarse hacia el este o el oeste y perderse.

En resumen, los éxitos logrados en las carreras que parten de ciudades del suroeste de Francia o de la frontera norte de España se deben a tres factores: la naturaleza de los vientos predominantes en estas zonas, la ausencia de altas montañas en la ruta que deben seguir las palomas y, finalmente, la presencia del océano, que les impide desviarse hacia el oeste.

En una carrera de palomas, debe haber desafíos que superar, pero no insuperables.

El colombófilo tiene un doble propósito: la emoción de la competición y el placer de volver a ver a sus palomas.

Encuentra consuelo en la derrota cuando sus palomas, de vuelta en el palomar, le dan esperanza de un mejor éxito en la siguiente temporada.

Esto fue lo que llevó al abandono de estas carreras lejanas y peligrosas, cuyo fracaso supuso un desastre para todos los palomares.

Hace once años, se envió a Madrid un cargamento de ciento cincuenta palomas de primera calidad; se las dio por perdidas cuando finalmente apareció la primera.

A intervalos prolongados, le siguieron seis o siete más como máximo, y los premios ofrecidos para la competición nunca se ganaron.

Igualmente, los resultados fueron negativos en las carreras que comenzaron en Roma; no es la distancia lo que detiene al viajero alado, sino las altas montañas: los Pirineos por un lado y los Alpes por el otro.

El vuelo de una paloma que regresa a su palomar es muy rápido y puede mantenerse durante mucho tiempo.

Comparando los resultados de varios viajes, se puede obtener la medida exacta de la distancia que la paloma puede cubrir en un tiempo determinado.

En esta investigación, no se trata simplemente de recopilar varios viajes y calcular el promedio; este promedio no nos daría el resultado deseado: la velocidad de la paloma.

Si tuviéramos un solo viaje bien observado que nos diera el tiempo exacto que tardó la paloma en volar, el problema se resolvería de inmediato.

Sin embargo, la mayoría de las veces, los relojes que marcan la hora de salida y la de llegada no coinciden.

Por lo tanto, es esencial tener varios resultados y calcular su promedio.

Además, dado que el objetivo es medir la velocidad, debemos elegir los viajes más exitosos, aquellos que pueden considerarse realizados en un vuelo continuo y en condiciones favorables.

Tras revisar los resultados de más de trescientas carreras, seleccioné unas veinte que parecían cumplir las condiciones requeridas: un número suficiente de palomas participantes, condiciones climáticas favorables y un registro adecuado de las horas de salida y llegada:

1. Carrera de Amiens, organizada por la Sociedad Union et Progrès, con sede en Bruselas, el 27 de agosto de 1854.

La carrera comenzó a las 6:00 a. m. y la primera paloma llegó a las 9:50 a. m., alcanzando una velocidad de 780 metros por minuto.

2. Carrera de París, organizada por la Sociedad Dinant, el 21 de junio de 1857.

Hora de salida: 5:00 a. m.; llegada de la primera paloma: 8:05 a. m.; es decir, 1,3 kilómetros por minuto.

3. Carrera de París, organizada por la Société d'Eole, de Namur, el 24 de junio de 1855; salida a las 6:00 a. m.

Llegó a las 10:17 a. m.; a una velocidad de 922 metros por minuto.

4. Carrera de París, organizada por la Société d'Abéona, de Bruselas, 26 de agosto de 1855; suelta a las 7:00 a. m.; llegada de la primera paloma a las 12:21 p. m.; la velocidad fue de 800 metros por minuto.

5. Carrera de París, organizada por la Société Union et Progrès, de Bruselas, 2 de julio de 1854.

Las palomas fueron sueltas a las 6:50 a. m.; llegada de la primera paloma a las 11:10 a. m., manteniendo una velocidad de un kilómetro por minuto.

6. Carrera de París, organizada por la Société du St-Esprit, en Verviers, 1 de julio de 1855; suelta a las 5:00 a. m.

Llegada a las 10:03 de la primera paloma, que recorrió 1 kilómetro a 56 metros por minuto.

7.ª Carrera de París, organizada por la Société de l'Hirondelle en Dison, el 9 de julio de 1854; suelta a las 5:30; llegada de la primera paloma a las 9:50; es decir, 1 kilómetro a 230 metros por minuto.

8.ª Carrera de Orléans, organizada por la Société Dinantaise, el 2 de julio de 1854.

Las palomas fueron sueltas a las 5:00; llegada a Dinant a las 10:59 con una velocidad de 925 metros por minuto.

9.ª Carrera de Nevers, organizada por la Société du Ramier en Huy, el 2 de julio de 1854; suelta a las 6:00; llegada a las 2:31.

La velocidad de la primera paloma fue de 789 metros por minuto.

10ª Competición de Nevers, organizada por la Sociedad de Carreras de Palomas de Bruselas, 12 de julio de 1857.

La suelta tuvo lugar a las 5 en punto y la llegada de la primera paloma a la 1:34; había viajado a una velocidad de 929 metros por minuto.

11ª Carrera de Blois, organizada por la Société de l'Hiron delle, de Dison, 3 de junio de 1864; suelta a las 5:30 h; llegada de la primera paloma a las 10:16 h con una extraordinaria velocidad de 1 kilómetro y 620 metros por minuto.

12ª Carrera de Châteauroux, organizada por la Société Union et Progrès, de Bruselas, 5 de julio de 1857.

Hora de suelta de las palomas: 5:00 h; llegada a las 12:14 h; es decir, 1 kilómetro y 320 metros por minuto.

13ª Carrera de Tours, organizada por la Société de la Co Jomfo, de Verviers, 19 de julio de 1854.

Soltada a las 5:00 h; Llegada de la primera paloma a la 1:22 a. m., con una velocidad de 1 kilómetro y 25 metros por minuto.

14ª Carrera de Saint-Maure, organizada por la misma Société de la Colombe, en Verviers, el 22 de julio de 1857.

Soltadas a las 4:45 a. m.; llegada a la 1:42 a. m.; la primera paloma recorrió 1 kilómetro y 5 metros por minuto.

15ª Carrera de Châtellerault, organizada por la Société du Esprit, en Verviers, el 16 de julio de 1856.

Soltadas a las 5:35 a. m.; llegada de la primera paloma a las 12:42 p. m.; es decir, 1 kilómetro y 325 metros por minuto.

16ª Carrera de Poitiers, organizada por la Société de la Colombe, en Verviers, 25 de julio de 1855.

Soltadas a las 5:00 h; llegaron a la 1:22 h a una velocidad de 1 kilómetro y 195 metros por minuto.

17ª Carrera de Lyon, organizada por la Société de l'Espérance, en Mechelen, 28 de junio de 1857.

Soltadas a las 4:00 h; la primera paloma llegó a la 1:30 h; velocidad: 1 kilómetro y 70 metros por minuto.

18ª Carrera de Angoulême, organizada por la Société de l'Hirondelle, en Dison, 21 de julio de 1860.

Soltadas a las 5:00 h; llegaron a las 3:15 h a una velocidad de 1 kilómetro y 109 metros por minuto.

19ª Carrera de La Réole, organizada por la Société Union et Progrès en Bruselas, el 19 de julio de 1862.

Las palomas fueron liberadas a las 4:05 a. m.; la primera llegó a las 6:03 a. m.; velocidad: 947 metros por minuto.

20ª Carrera de La Réole, organizada por la Société de la Colombe en Verviers, el 25 de julio de 1857.

Las palomas fueron liberadas a las 4:45 a. m.; la primera llegó a las 5:08 a. m., a una velocidad de 1,72 kilómetros por minuto.

21ª Carrera de San Sebastián, en España, organizada por la Société la Concorde en Lieja, el 7 de agosto de 1862.

Suponiendo dieciséis horas de vuelo, desde las 5:00 hasta las 21:00, la paloma habría viajado a 1 kilómetro por minuto.

Es lamentable que no se disponga de datos más precisos sobre un evento tan extraordinario como esta última carrera; pudimos determinar la hora de liberación de las palomas en San Sebastián, pero la hora de llegada siempre será incierta.

Recorrer semejante distancia en un solo día es una hazaña única en la historia de las palomas mensajeras, e incluso si se celebraran cien carreras en San Sebastián, probablemente no se repetiría.

Por lo tanto, los aficionados no esperaban a sus palomas ese día, y una persona de confianza me informó que el señor Félix, de Chênée, se disponía a irse a la cama cuando creyó oír, en su palomar, que estaba encima de él, el canto de su paloma favorita; apenas podía creer lo que oía; sin embargo, embargado por la emoción, fue a su palomar.

¡Imaginen su sorpresa al reconocer a su paloma, escondida en su nido y llamando a su pareja!

Se dirigió inmediatamente a Lieja, a la sede de la Sociedad, donde se registró la llegada de la paloma a las 12:23 del mediodía.

Obviamente, llevaba mucho tiempo de regreso, por lo que nunca se sabrá cuánto duró el viaje.

Algunos escépticos incluso sugirieron que la paloma se había escapado; pero la rápida llegada de los demás competidores al amanecer del día siguiente refutó esta suposición

infundada; a las 5:00 de la mañana, nuevas palomas llegaban a la Sociedad, y al anochecer ya se habían entregado todos los premios.

Durante los días 7 y 8 de agosto de 1862, tan favorables para las carreras de palomas, la temperatura fue moderada, el cielo muy despejado, aunque parcialmente cubierto por nubes ligeras; soplaba un fuerte viento del sur. Volvamos ahora a la serie de carreras cuyos resultados he presentado e intentemos extraer algunas conclusiones.

Tras consultar, como ya mencioné, una larga lista de carreras organizadas por diversas asociaciones en Bélgica, seleccioné unas veinte de las más destacadas para poder evaluar la velocidad en cuestión de forma precisa.

Para cada una de estas carreras, medí, en kilómetros y en línea recta, la distancia entre la línea de salida y la de meta; así fue posible evaluar la velocidad demostrada en cada una de ellas.

Si sumamos estos resultados y calculamos la media, obtendremos la velocidad exacta de la paloma: un kilómetro y sesenta y seis metros en un minuto.

Cabe señalar, en este sentido, que la medición adoptada hasta ahora por las asociaciones que generosamente ofrecen excelentes carreras no es precisa.

Siempre se ha asumido que una paloma podía recorrer un kilómetro en tres cuartos de minuto, o, si se prefiere, un kilómetro y trescientos treinta y tres metros por minuto.

En las veinte carreras analizadas anteriormente, solo en una se registró una velocidad superior: la de Blois, donde se dice que la paloma recorrió un kilómetro y seiscientos veinte metros por minuto.

Si bien he aceptado este resultado para calcular el promedio indicado, es lícito dudar de su exactitud.

Esto no significa que sea mi intención cuestionar la veracidad de la persona que me proporcionó la información, sino que admito la posibilidad de un error, ya sea que el transportista registrara incorrectamente la hora de salida o que la hora registrada por la Société de l'Hirondelle fuera anterior a la registrada en Blois.

En cualquier caso, estas observaciones demuestran que, para este tipo de investigación, es necesario comparar un gran número de resultados, y solo así se puede esperar que el promedio obtenido se aproxime a la realidad.

Otra consecuencia de estos hechos es el inimaginable afán con el que la paloma busca su palomar; soporta hambre y sed para llegar a su destino lo más rápido posible.

Ningún aficionado dudará de que, en viajes como los de París, Orléans y Blois, la paloma, cuando el tiempo es favorable, llega a su dormidero sin interrupciones.

Ahora bien, cuando se encuentra a mayores distancias, como Poitiers, Angoulême y La Réole, ¿no deberíamos suponer que se comporta igual y que no interrumpe su vuelo para comer o beber?

Es bien sabido que la paloma no se detiene mucho tiempo a beber, que incluso, como la golondrina, puede refrescarse en pleno vuelo; pero si se recuerda la velocidad con la que sigue su ruta, si se considera la altitud a la que mantiene el vuelo, uno se inclinará fuertemente a creer que ni siquiera se detiene a beber y estará seguro de que no busca alimento.

Es muy probable que, bajo las condiciones favorables que acompañan a estos rápidos viajes, es decir, cuando predominan los vientos del oeste o del suroeste, la humedad del aire sea suficiente para refrescar a la paloma.

Una observación que apoya esta idea es la experiencia de lo que sucede cuando la paloma tiene que viajar con calor y luchar contra el viento del norte o del este; se encuentra presa de una sed abrasadora que la obliga a descender constantemente a las orillas de ríos o estanques; bebe tanta agua con avidez que se le revuelve el estómago y se le paralizan las fuerzas.

Busca refugio y, triste y desesperado, con las plumas erizadas, espera un momento más favorable para continuar su viaje.

Toda sociedad recuerda estos viajes desastrosos, donde la paloma tarda tantos días en reaparecer como horas le tomaría en circunstancias más favorables.

FIN